



se

Myriam Sayalero



CUENTOS
para NIÑAS
SIN miedo

Lectulandia

Es el momento de cambiar de cuento

Doce preciosas historias con princesas que luchan contra los prejuicios de todos, valientes ejércitos de elfas, reinas preocupadas por sus hijas y zarinas de bella voz que se hacen pasar un hombre para sobrevivir.

Los cuentos del pasado más populares están llenos de damiselas a las que salvan guerreros valerosos, pero ¿es que no había cuentos con guerreras y princesas valientes y astutas? Sí, los había, y aquí los tienes. Los cuentos que necesitan las chicas y niñas de hoy en día para construir una sociedad más justa e igualitaria.

Premio Leyenda 2019 concedido por la Asociación de Librerías de Madrid

Myriam Sayalero

Cuentos para niñas sin miedo

ePub r1.0

Titivillus 09.06.2020

Título original: *Cuentos para niñas sin miedo*
Myriam Sayalero, 2019
Ilustraciones: Ricardilus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Taterhood

Noruega

En un lejano país, hace muchísimo tiempo, vivían un rey y una reina que se amaban profundamente. Ambos gobernaban con justicia y sabiduría. La reina se ocupaba de los asuntos de palacio, mientras que el rey se encargaba de todo lo relacionado con el reino. Como buenos gobernantes, conocían a los miembros de la corte, a cada uno de sus vasallos, a todos sus siervos e incluso a los campesinos y mercaderes de sus extensos dominios. Sin embargo, aunque el rey amaba a la reina con todo su corazón, se sentía desdichado al verla tan triste, pues nada podía hacer para ayudarla. A pesar de haber solicitado la ayuda de los más sabios doctores del reino, e incluso de haber recurrido a los mejores juglares que pudieran hacerla sonreír, la reina estaba sumida en una tristeza cada vez mayor.

—Nada puedo hacer para ayudarla —se lamentaba el rey mientras paseaba solitario por los jardines de palacio—. Mi reina, mi amada, no puede tener hijos.

Efectivamente, esa era la causa de la infelicidad de la reina. La soledad de su corazón calaba tan hondo como las oscuras madrigueras que horadaban los bosques. Ni siquiera su esposo, el rey, era capaz de llegar hasta lo más profundo de su alma y aliviar su pena.

El día que comenzaron a florecer los almendros, el rey le propuso adoptar a una niña. Las dos podrían hacerse compañía en las largas tardes otoñales, pasear junto a los rosales en las hermosas mañanas de primavera, tejer juntas al calor de la lumbre en los fríos días de invierno y contarse fantásticas historias en el jardín de palacio durante las cálidas noches estivales.

La reina, que ya había perdido por completo cualquier esperanza de concebir un hijo, escuchó a su esposo.

—Agradezco tu preocupación, pues sé que el gobierno del reino ocupa todo tu tiempo y tu pensamiento —contestó la reina, con la mirada perdida en el horizonte—. Sin embargo, no necesito compañía.

Decepcionado, el rey permaneció en silencio, pues esperaba que la reina hubiese aceptado la propuesta de adoptar una niña.

La reina se puso en pie y caminó majestuosamente sobre la alfombra de la estancia. El brocado dorado de su vestido brillaba bajo la luz de la luna y su largo cabello lucía más hermoso que nunca.

—Querido esposo —comenzó a decir—, mi rey. Si adopto a una niña no será para convertirla en mi dama de compañía, sino en mi hija.

Al escuchar esas palabras el rey sintió que su corazón se desbocaba de

alegría, pues él ansiaba tener descendencia y, al fin, iba a ver cumplido su deseo.

El piadoso corazón del soberano puso su atención en una pequeña huérfana a la que llevó a palacio. Desde entonces, los reyes se convirtieron en sus padres, la educaron, la cuidaron y la amaron como a su propia hija.

Un día, mientras la princesa jugaba contenta con una mendiga, la reina corrió a su encuentro para evitar que entre ellas surgiera la amistad.

—Vete —ordenó la reina a la mendiga—. Aléjate de mi hija. En cuanto a ti —añadió dirigiéndose a su pequeña—, jamás vuelvas a jugar con nadie tan inferior.

Al escuchar a la reina, la mendiga, herida por la injusticia de aquellas palabras, susurró:

—Aunque seáis la reina, no me hablaríais así si supierais el poder que posee mi madre.

Luego añadió con voz firme:

—Ella sabe cómo podéis quedaros embarazada.

Aquellas palabras despertaron el antiguo anhelo de la reina por engendrar un hijo. Miró a la princesa y por primera vez reconoció la certeza que anidaba en su corazón. Supo que, por mucho que la cuidara y le diera todo el cariño del mundo, jamás la querría como a una hija nacida de sus entrañas.

—Llévame junto a tu madre —ordenó a la mendiga.

Guiada por la pequeña, llegaron a una destartalada choza de barro y paja en la que vivían la niña y su madre.

—Ni poseo el don de que engendréis vida ni tengo el conocimiento para ello —respondió la mujer.

Furiosa por ver nuevamente truncadas sus esperanzas, la reina dio media vuelta desplegando su capa de fino hilo en el aire, como las alas de un águila. Estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta cuando de pronto vio en el suelo una jarra de vino. En su sombrío rostro se dibujó la mueca torcida de una sonrisa, pues había adivinado cuál era la debilidad de la mendiga. Agarró la jarra entre sus manos y buscó una taza de barro para servir a la mujer una copa. Y luego otra, y otra más.

La pequeña mendiga observaba oculta en una esquina. No le gustaba la reina, y menos aún que ofreciera vino a su madre, pues le desataba tanto la lengua que desvelaba sin remedio todos sus secretos.

Cuando la reina vio que la mujer ya estaba lo suficientemente ebria, volvió a preguntarle cómo podía tener un hijo. Esta vez habló alto y claro, detallando cada paso para lograr engendrar.

—Debéis lavaros en dos barreños de agua antes de iros a la cama —dijo la mendiga—. Después, verted el agua debajo de vuestra cama. A la mañana siguiente, veréis dos flores bajo vuestro lecho: una hermosa y otra de aspecto extraño.



La reina atendía a las palabras de la mendiga con extremada atención.

—Comed la flor hermosa —siguió la mendiga—, pero pase lo que pase por nada debéis probar la otra flor.

La reina siguió los consejos de la mujer y a la mañana siguiente, debajo de la cama, tal como había dicho la mendiga, encontró dos flores. Una era hermosa y olía al rocío de la madrugada, mientras que la otra era desagradable y maloliente. Sin dudarlo, la reina se comió de un bocado la hermosa flor. Era tan dulce y deliciosa que, sin pensarlo, también se comió la otra flor, deseando que calmara su ansia por saborear de nuevo aquel manjar. La reina no sabía qué consecuencias tendría, pero la preocupación, como la vida, creció en su interior.



La reina pronto descubrió que estaba embarazada. En los meses previos al nacimiento ordenó a sus sirvientes que llevaran a su hija adoptiva con la niña mendiga.

—Ahí es donde pertenece —se dijo la reina—, al menos allí será feliz, pues en cuanto nazca mi verdadera hija todo mi amor será para ella.

Cuando la joven abandonó el palacio, la reina le contó al rey que la pequeña princesa se había escapado para vivir nuevamente con las gentes del pueblo, pues era infeliz lejos de los suyos.

Poco después, nació la ansiada heredera. En cuanto la vio se horrorizó por lo fea y desagradable que era. Aunque el rey sintió el mismo amor y la misma ternura que había sentido por su hija adoptiva, en el oscuro corazón de la reina anidó una desesperación que crecía cada día. La llamó Tatterhood y ocultó su fealdad cubriéndola con una capucha.

Pasó el tiempo, y cuando la tela que cubría las greñas y el sucio rostro de Tatterhood se hizo jirones, nació la segunda hija de la reina.

—Al fin —susurró la reina al ver a la recién nacida—, una hija hermosa como el amanecer.

Por su belleza y rostro sonrosado, a su segunda hija la llamó Calliandra.

Tatterhood y Calliandra crecieron en palacio, y aunque eran tan diferentes como lo son el Sol y la Luna, ambas estaban unidas por las raíces del amor verdadero. Tatterhood, oculta bajo una harapienta capucha, con la cuchara de madera que llevaba siempre consigo y acompañada a todas horas por su cabra, creció rebelde, díscola e independiente, alejada de la reina y atendida por una anciana institutriz. Calliandra, en cambio, creció rodeada de las atenciones y cuidados que le dispensaba su madre, pendiente de cualquier cosa que su hija pequeña pudiera necesitar.

Una Nochebuena, mientras las hermanas bordaban al amor de la lumbre, oyeron un gran estruendo. El rey, ya anciano y enfermo, se encontraba descansando en sus aposentos.

—¿Qué es ese alboroto, madre? —quiso saber Tatterhood.

Como solía hacer cuando le hablaba su hija primogénita, la reina frunció el ceño y apartó la mirada antes de responder de mala gana.

—Es un grupo de trols —reveló a regañadientes—. Vienen a palacio cada catorce años.

A la valiente Tatterhood no le gustó saber que esas despiadadas criaturas invadían su hogar impunemente. Airada, preguntó a qué se debía esa

intrusión, quiso saber desde cuándo se producía, qué pretendían esas criaturas y, sobre todo, por qué ni su padre, el rey, ni su madre, la reina, habían hecho nada para impedir que siguiera sucediendo.

—La presencia de esos monstruos en palacio nos pone en peligro a mi hermana y a mí —dijo Tatterhood furiosa ante la impasividad de su madre.

La joven, con gran coraje y arrojo, continuó preguntando, pero como por mucho que insistiera no conseguía que la reina le diera más explicaciones, decidió intervenir. Cruzó los angostos pasillos de la planta noble y descendió por la marmórea escalinata hasta llegar a la estancia en donde se oían las voces.

—Madre, mantén la puerta cerrada —ordenó—. Oigas lo que oigas, no la abras, porque voy a expulsar a los trols del palacio.

Nada más decir esto, Tatterhood desapareció tras la enorme puerta que separaba el gran salón de la galería donde se hallaban los trols. Durante la batalla que la princesa mantuvo con los intrusos, se oyeron lamentos, golpes y gritos, pero la reina siguió bordando, sin moverse, decidida a seguir la orden de su hija de no abrir la puerta.

Pasó un rato y Calliandra, que desde el primer momento había estado sufriendo por Tatterhood, no resistió más y abrió la puerta. Nada más asomar la cabeza para ver qué ocurría, un trol se la arrebató y la reemplazó por la testa de un ternero. Acto seguido los trols lanzaron un sobrecogedor bramido por su victoria y huyeron del castillo, jactándose de su trofeo.

La desgracia cayó sobre los soberanos. El rey, angustiado por el infortunio de su hija menor, consultó en vano el modo de devolverle su forma humana. La reina, en cambio, sintió tal repugnancia por su hija, que se apartó de ella como en su día hiciera con Tatterhood.

A pesar de las riquezas y los títulos que los reyes ofrecieron a quien rescatara la cabeza de la princesa, ningún voluntario acudió a palacio. Nadie en el reino se ofreció a llevar a cabo tal cometido. Ningún noble, vasallo o siervo se atrevía a enfrentarse a los trols. Fue la propia Tatterhood quien se decidió a tomar la iniciativa para ayudar a su hermana.

—Partiremos al amanecer —anunció a su anciano padre.

—¿Partirás hacia alta mar en un barco sin tripulación? —se alarmó el rey.

—Padre, nada temo —aseguró Tatterhood con firmeza—. Si nadie ha querido embarcarse en una hazaña que puede costar la vida, ¿para qué iba a necesitar una ayuda que no me darían? Llegado el caso huirían para salvarse.

La reina, encerrada en sus aposentos desde el día en que su hija favorita perdió la cabeza, las vio cargar el barco con provisiones, pues era tal el miedo

que había en el reino que tampoco encontraron ayuda para eso.

Así, una madrugada en que el cielo, cargado de nubes grises, estaba tan cubierto que apenas se veía la luz del sol, Tatterhood y la desdichada Calliandra partieron hacia lo desconocido, dispuestas a enfrentarse a cualquier enemigo, humano o trol. Como siempre, la joven primogénita llevó consigo su cuchara de madera y su querida cabra.



Al cabo de varios días sin reconocer tierra a la vista ni cruzarse con ninguna otra embarcación, al fin divisaron la isla de los trols.

—Esperaremos a que oscurezca —dijo Tatterhood—. Si nos acercamos ahora a la costa seguramente nos verán y se abalanzarán sobre nosotras.

La inteligente Tatterhood sabía que los trols las superaban en número y en fuerza. Conocedora también de la despiadada y sanguinaria fama de sus enemigos, urdió una estrategia que las ayudara en tan desigual batalla.

Cuando cayó la noche y apenas se distinguían sus sombras de las de los árboles, Tatterhood y Calliandra llegaron hasta la isla. Fue fácil averiguar dónde custodiaban la cabeza de la princesa, pues era el único lugar que estaba vigilado por trols armados con lanzas y escudos.

—Mi querida Tatterhood —dijo su hermana—, temo por ti, pues mi suerte ya está echada.

—Eso pensé yo el día que la reina me retiró su amor maternal —respondió Tatterhood para calmarla—. Pero descubrí que la suerte nunca es definitiva, sino que es la que nosotros mismos nos labramos.

Tatterhood luchó contra los trols. Empleó palos como lanzas y espadas, sus brazos le bastaron como escudos, y su agilidad y fuerza en los saltos le sirvieron para sortear los mortales golpes de sus enemigos. Los engañó y los distrajo hasta que pudo recuperar la cabeza de Calliandra. Cuando las feroces criaturas supieron que habían sido burladas, corrieron tras las jóvenes.

—Si nos atrapan, no tendrán piedad —dijo Tatterhood—. ¡Salta al barco!

Finalmente, las dos hermanas consiguieron escapar de la isla y navegaron durante días hasta llegar a un reino lejano. Calliandra había recuperado su aspecto con ayuda de Tatterhood y con ello le había sido devuelta su valentía y fortaleza. Las hermanas enviaron un mensaje a su padre con una gaviota.

—Buscamos un lugar donde refugiarnos mientras nuestro padre, el rey, envía un ejército en nuestra ayuda —explicó Calliandra al rey de la nueva tierra que pisaban.

El rey escuchó las palabras de presentación de la princesa. No vio ningún peligro acechándolas ni tampoco encontró signos de que realmente aquellas dos jóvenes fueran de sangre real. Incluso le extrañó que una de ellas, la que decía llamarse Tatterhood, fuera acompañada de una cabra. Pero la sencillez y belleza de Calliandra lo habían cautivado.

—Por desgracia soy viudo y no dispongo de trajes para unas doncellas dignas de las más ricas vestimentas —respondió el rey—. Pero sois bienvenidas. Mi hijo, el príncipe, os enseñará vuestros aposentos.

Esa noche Tatterhood y Calliandra cenaron en compañía del rey y el

príncipe. Un trovador entonaba dulces canciones acompañadas del rabel, mientras las sirvientas de la corte desfilaban con exquisitas viandas. Todo a su alrededor les recordaba la belleza y riqueza de su propio palacio. Al avanzar la velada, el rey, enamorado desde el primer momento de Calliandra, se ofreció a desposarla.

—Me alagáis, majestad —contestó la joven—, mucho más que todos los pretendientes de mi reino. Pero he de deciros que no me casaré hasta que mi querida Tatterhood contraiga matrimonio.

El rey se alegró al saber que había causado una buena impresión en ella, pero también mostró su sorpresa ante la condición que le había impuesto.

Esa noche, cuando las dos jóvenes se retiraron a sus aposentos, el rey pidió a su hijo que se casara con Tatterhood.

—Desde que enviudé no he conocido a ninguna mujer tan noble y hermosa como la que hoy has visto —le confesó—. Deseo de todo corazón que sea mi esposa, por eso te ruego que consideres su condición.

El príncipe, que amaba a su padre y deseaba su felicidad, aceptó de mala gana. De esta manera, se dispuso que las dos bodas se celebraran el mismo día, semanas después de la llegada de las princesas, cuando regresara la gaviota que de nuevo habían enviado a su padre para pedirle su consentimiento. El palacio se engalanó majestuosamente para el festejo. Magníficos tapices lucían en las paredes del gran salón, enormes picas ondeaban al viento los estandartes del reino y una cohorte de soldados tocó el sacabuche para anunciar el enlace.

Antes de celebrarse la ceremonia, el rey y Calliandra saludaron al pueblo desde el balcón real. A su lado estaban el príncipe y Tatterhood, junto a la cabra que siempre la acompañaba. Todos ellos iban vestidos con ricas telas y exquisitos trajes que habían confeccionado especialmente para la ocasión. Calliandra lucía sobre su pecho un espléndido camafeo de oro y ónix. Sin embargo, Tatterhood se había negado a vestirse de otro modo que no fuera con su harapienta capa.

Mientras las parejas montaron en sus caballos para dirigirse a la iglesia donde estaba previsto que se celebraran los esponsales, Tatterhood prefirió montar sobre su cabra. En el camino quiso conocer un poco más a su prometido.

—¿Deseas saber por qué voy montada sobre una cabra? —preguntó.

—Solo si tú quieres que lo sepa —respondió el joven con prudencia.

—Solo respondo a las preguntas apropiadas —repuso Tatterhood.

—Ya que vamos a contraer matrimonio, ¿consideras apropiado que tu futuro esposo conozca la razón por la que te diriges a la iglesia montada en una cabra?

Tatterhood miró al príncipe y respondió:

—Si te fijas bien, descubrirás que en realidad no es una cabra, sino un magnífico corcel.

El joven miró a la cabra y quizá la vio con otros ojos porque al instante sonrió.

—¿Y no deseas saber por qué llevo una cuchara de madera en lugar de hermosas joyas que adornen mi vestido de novia? —continuó Tatterhood.

—Solo si tú quieres que lo sepa —respondió nuevamente el joven con prudencia.

—Solo respondo a las preguntas apropiadas —repitió Tatterhood.

—Ya que hoy eres la novia, ¿consideras apropiado llevar una cuchara de madera el día de tu boda?

Tatterhood miró al príncipe y respondió:

—Si te fijas bien, descubrirás que en realidad no es una cuchara de madera, sino una varita mágica.

El joven miró la cuchara de madera y quizá la vio con otros ojos porque al instante sonrió.

—¿Deseas saber por qué voy vestida con mi harapienta capa incluso el día de mi boda? —preguntó Tatterhood.

—Solo si tú quieres que lo sepa —respondió el joven sin perder su habitual prudencia.

—Solo respondo a las preguntas apropiadas —replicó Tatterhood, como si lo dijera por primera vez.

—Ya que algún día heredaré el reino y tú serás la reina, ¿consideras apropiado ocultarte bajo esa capucha el día de tu boda?

Tatterhood miró al príncipe y respondió:

—Si te fijas bien, descubrirás que en realidad no es una capucha, sino la tiara de una princesa.

El joven miró la harapienta capa y su aún más harapienta capucha, quizá las vio con otros ojos, porque al instante sonrió.

Satisfecho con la conversación que mantenía con Tatterhood, quien mostraba la sutileza e ingenio que no había encontrado en ninguna otra joven casadera, se detuvo ante ella, dispuesto a descubrir su rostro.

—El calor es sofocante, ¿no os refrescaría dejar vuestra cabeza al

descubierto?

Esta vez, Tatterhood no temió mostrarse tal cual era, pues el príncipe había demostrado el respeto, la paciencia y la delicadeza que ella buscaba en el hombre que eligiera como esposo. De manera que el joven apartó la capucha y la capa entera cayó al suelo.

—Tatterhood, tu hermosura supera la de tu hermana —confesó sorprendido el príncipe—. Sigue ocultándola bajo harapos si así lo deseas. No solo me ha cautivado tu inteligencia, también la nobleza de tu corazón. Soy el hombre más afortunado de la Tierra al poder compartir mi vida contigo.

Los doce cazadores

Alemania

Érase una vez un joven príncipe llamado Gawain. Vivía lejos de su reino, pues estaba enamorado de la joven Adalia, noble doncella de un lejano castillo. Ambos estaban prometidos y se amaban tanto que no veían el día de contraer matrimonio. Una tarde, mientras Gawain y Adalia jugaban al ajedrez en el templete de los jardines, el príncipe recibió una terrible noticia.

—Vuestro padre, el rey, está gravemente enfermo —anunció el mensajero—. Desea veros por última vez antes de morir.

El príncipe Gawain sintió que su corazón se encogía. Guardó silencio durante unos minutos y miró a su amada.

—Debo partir enseguida —anunció con tremendo pesar—. Quizá sea esta la última vez que vea a mi padre con vida.

Se levantó un viento frío que amenazaba tormenta. Adalia asintió tímidamente mientras una lágrima comenzaba a rodar por su mejilla.

—Tan pronto sea coronado rey regresaré y te llevaré a mi reino —aseguró el príncipe, intentando calmar los temores de Adalia.

La joven comprendía la gravedad de la situación, pero temía perder a su amado. Miró a lo lejos y las nubes negras del horizonte sembraron malos presagios en su corazón.

—El viaje es largo y está lleno de peligros —murmuró Adalia.

—Toma este anillo —le ofreció el príncipe—. Cuando tengas dudas acerca de mi regreso, él te recordará la promesa que te he hecho.

Adalia tomó el anillo, un sello de oro con su inicial bellamente tallada, y lo besó. Después abrazó a su prometido y, ocultando la tristeza ante su partida, se despidió de él.

El príncipe Gawain recorrió durante semanas la larga distancia que lo separaba del lecho del rey. Cabalgó durante el día y la noche. Apenas descansaban ni él ni su corcel, pues sabía que el tiempo apremiaba. Sin embargo, pese a toda la prisa que se dio por reunirse con su padre, cuando al fin lo consiguió, la muerte rondaba demasiado cerca y lo halló gravemente enfermo.

Gawain abrazó a su padre y de inmediato pudo sentir que este quería hablarle.

—Mi amado hijo —balbució el rey a duras penas—, quería verte por última vez antes de morir.

Con los ojos empañados en lágrimas, Gawain acercó el oído a los labios del rey para escuchar sus últimas palabras:

—Prométeme que te casarás con la doncella que he elegido para ti — susurró débilmente. Después tomó aire para pronunciar su nombre—: Prométeme que la princesa Gretchen se convertirá en tu esposa.

El dolor por la pérdida de su padre ahogaba el corazón de Gawain. La pena tan profunda que enraizó en su alma le arrancó unas palabras que pronunció sin pensar:

—Sí, amado padre, cumpliré tu voluntad —prometió entre sollozos.

Al reunir en aquella promesa la paz que el rey anhelaba, este cerró los ojos y abandonó el mundo con un profundo suspiro.

Gawain se sentía tan triste por la muerte de su amado padre y tan abrumado ante la nueva responsabilidad de gobernar el reino que apenas prestaba atención a todo lo que ocurría a su alrededor. Numerosos dignatarios de lejanos reinos llegaron hasta el palacio para presentar sus respetos ante el nuevo rey; los ministros requerían su presencia para informarle y tomar urgentes decisiones que se habían demorado demasiado a causa de la enfermedad de su anciano padre. Entre las numerosas responsabilidades que aguardaban al joven soberano casi pasó desapercibida la petición de matrimonio que el difunto rey había anunciado antes de fallecer.

Un día llegó un mensajero a caballo. Había recorrido un largo camino durante tres días y dos noches. Traía buenas noticias, pues la princesa Gretchen había aceptado prometerse con el príncipe Gawain, ahora rey.

El mensajero fue recibido entre dos graves asuntos que exigían una urgente respuesta. Quizá por eso, o quizá porque fuera la promesa que le había hecho a su padre en el lecho de muerte, Gawain no le prestó demasiada atención y, como si fuera una noticia sin trascendencia alguna, respondió sin levantar la vista del suelo.

—Decidle a la princesa que todo está dispuesto en mi reino.

Sin mediar más palabras, Gawain pasó al siguiente asunto que tenía entre manos. El mensajero realizó una reverencia antes de abandonar la sala real y, en cuanto se repuso su caballo, regresó a su reino.

Mientras la princesa Gretchen recibía la buena nueva de que pronto se celebraría su matrimonio con el rey Gawain, en otro lugar lejos de allí, la joven Adalia conocía la noticia.

—¡Qué pronto me ha olvidado! —se lamentó.

Adalia se sumió en una tristeza tan profunda que apenas comía ni dormía. No podía creer que fuera tan desdichada. Ella, que imaginaba un futuro luminoso y plácido como un amanecer, se daba cuenta de que su amado la había apartado para siempre de su vida.

Su padre, que la amaba como solo un padre ama a una hija, le había enseñado a ser fuerte y no temer a nada. Extrañado por la tristeza de Adalia, quiso saber qué mal la atormentaba.

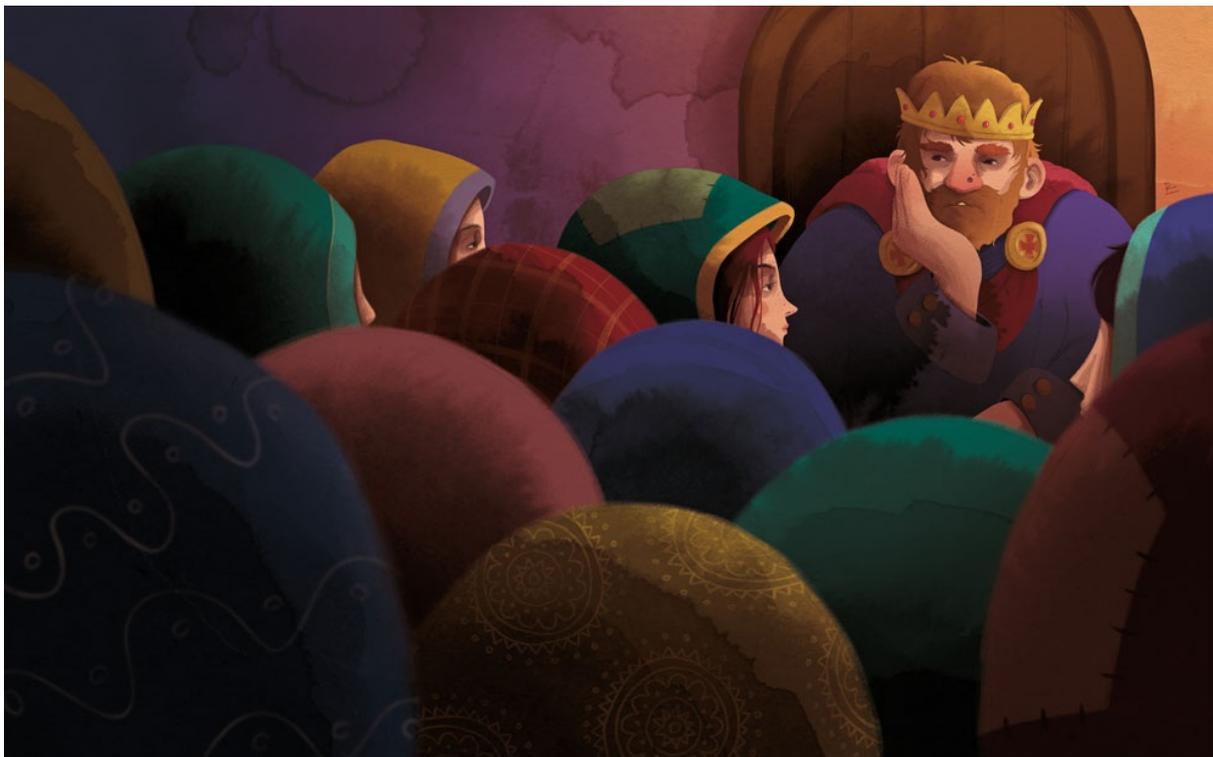
—Querida hija, nunca había visto a ninguna joven renunciar como tú a la alegría y el gozo de la vida. Cuéntame, te lo ruego, qué te aflige. Y si está en mi mano ayudarte, ten por seguro que así lo haré.

Después la estrechó entre sus brazos para infundirle ánimos. Y así debió de ocurrir, porque Adalia levantó la cabeza, se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas y dijo:

—Padre, busca once doncellas para que me acompañen lejos de aquí.

—Haré todo lo posible por cumplir tu deseo —contestó el padre.

Ese mismo día comenzó una búsqueda por todo el reino, y aunque necesitó varias semanas y la ayuda de otros nobles amigos suyos, finalmente pudo cumplir la extraña petición de su hija.



—No sé qué mal te aqueja —le dijo cuando se reunió de nuevo con ella —, pero si en algo te ayudan estas once jóvenes dispuestas a abandonar este reino, me harás un hombre dichoso.

Efectivamente, Adalia aceptó a las once doncellas. En el tiempo que su padre había estado ausente, ella había encargado doce trajes de cazadores idénticos. Pidió a las once jóvenes que se vistieran con ellos y después ella misma se puso el último.

—No temas por mí —se despidió de su padre—. No ha sido fácil descubrir qué he de hacer, pero ahora que lo sé, no renunciaré a ello.

Después Adalia y las once doncellas montaron a caballo y se dirigieron hacia el reino de Gawain. Cualquiera habría dicho que doce cazadores cabalgaban cruzando el reino. Adalia estaba dispuesta a descubrir qué sucedía.

—No temo a la verdad —se decía—, pues solo conociéndola podré aceptar o cambiar mi destino.

Cuando los doce cazadores llegaron al castillo de Gawain, Adalia pidió que la llevaran ante el rey. No era habitual en aquellos parajes encontrar doce forasteros tan bien vestidos y armados, montados sobre impecables corceles. Así que los vasallos los condujeron hacia la Sala del Trono, donde los recibiría el rey, sin sospechar ni él ni nadie que no eran varones sino doncellas vestidas de cazadores.

Adalia continuaba con su plan y nada lo entorpeció, pues Gawain no la reconoció, ni siquiera cuando comenzó a hablar. ¿Sería por el chal de seda con el que ocultaba su rostro?

—Venimos desde lejanas tierras a ofreceros nuestros servicios —explicó ella cambiando su dulce tono de voz por otro varonil.

Pero el nuevo rey, habituado a extraños de diferentes reinos, apenas se fijó en ella ni le prestó atención.

—¿Qué ofrecéis? —repuso sin interés—. Ya tengo cazadores en mi reino que nos proveen de todo lo que se necesita en el castillo.

—Nadie tiene todo lo que se necesita, majestad —dijo Adalia confiada al no ser reconocida.

—Yo sí —replicó Gawain, molesto por la respuesta del cazador.

—A veces se olvida lo que se necesita —insistió Adalia— y se vive con lo que no es necesario.

Al rey esta vez le gustó la contestación del joven cazador, que parecía culto y reflexivo. Como no perdía nada por acogerlos bajo su servicio, aceptó sin más reparos. De esta manera, Adalia y las doncellas se convirtieron en los doce nuevos cazadores del rey.

Esa misma noche, mientras el rey daba su habitual paseo bajo las estrellas antes de ir a dormir, le habló un león mágico. Habitaba en los bosques cercanos y tenía el don de ver todas las cosas ocultas y secretas a los ojos de los hombres.

—Crees que tienes doce cazadores —dijo el león oculto tras los árboles.

Gawain miró a su alrededor y, cuando sus ojos se acostumbraron a la

oscuridad, acertó a ver las enormes fauces de la criatura, apostada sobre sus patas traseras.

—Así es —respondió el rey—. Son doce cazadores.

El león dio un paso al frente, asomando su cabeza a la claridad de la luna.

—Estás equivocado, pues en realidad son doce doncellas.

El rey soltó una silenciosa carcajada y se acercó al león. Ambos estaban cara a cara.

—Eso no es cierto —le espetó—. Y aunque lo fuera. ¿Cómo podrías probarlo?

El león sonrió ante la posibilidad de demostrar que tenía razón.

—Esparce unos guisantes en tus aposentos —respondió la criatura— y pronto lo sabrás. Si como dices son hombres, no repararán en ellos y los aplastarán al caminar. Si como digo yo son mujeres, se detendrán para apartarlos del suelo y recogerlos.

Al rey le pareció una buena idea para demostrar su teoría, así que regresó al castillo y esparció en el suelo del puente levadizo tantos guisantes que era imposible no verlos.

—No creo que los cazadores, al ver el suelo lleno de guisantes, se detengan a recogerlos —murmuró Gawain—. A no ser que, como ha dicho el león, en realidad sean mujeres.

Uno de los sirvientes del rey escuchó que los cazadores iban a ser sometidos a esta prueba. De algún modo pensó que debería ayudarlos, pues no sabía si algún día necesitaría que le devolvieran el favor esos forasteros. Así que fue al encuentro de Adalia y le contó lo que había oído.

—Tened cuidado —les dijo—. El león quiere convencer al rey de que no sois cazadores, sino doncellas.

Adalia le agradeció la confianza que le había mostrado y, en cuanto estuvo a solas, se reunió con las demás jóvenes.

—Cuando atravesemos el puente levadizo no os paréis a recoger los guisantes que encontraréis en el suelo —advirtió—. Seguid caminando con la mirada al frente y el paso firme.

A la mañana siguiente, el rey mandó llamar a los doce cazadores. Cuando se acercaron al castillo vieron numerosos guisantes esparcidos sobre el puente levadizo. Recordaron las palabras de Adalia y avanzaron sin sombra de duda. Los pisaron con tanta firmeza y su paso fue tan decidido y seguro que no quedó ni un guisante entero.

—¿Para qué nos habéis hecho llamar, mi rey? —preguntó Adalia fingiendo de nuevo voz de hombre.

El rey dudó qué responder y para no parecer un necio les pidió que probaran las nuevas ballestas. Así podría estar a solas y despachar tranquilamente con el león. En cuanto se alejaron del castillo, el rey fue a su encuentro.

—Me mentiste —le reprochó—. Los cazadores son hombres y caminan como hombres.

—No es cierto —insistió el león—. Las jóvenes fueron advertidas.

—¿Quieres decir que sabían que iban a ser sometidas a una prueba? —preguntó el rey.

—Así es, majestad —aseguró el león—. Por eso actuaron como si fueran hombres.

El rey creyó las palabras del mágico animal y le concedió una nueva oportunidad para probar que estaba en lo cierto. Siguiendo sus instrucciones, ordenó que llevaran doce ruecas a la sala principal.

—En cuanto las doce jóvenes las vean se acercarán a ellas —aseguró el león—, pues ninguna mujer resiste la tentación de hilar las finas hebras de lana.

Sin que el rey ni el mágico león lo sospecharan, el sirviente escuchó la conversación. Nuevamente acudió a donde se encontraban los cazadores y los advirtió de la nueva prueba.

En cuanto las doce doncellas se quedaron a solas, Adalia les pidió que ignoraran las ruecas que encontrarían en la sala principal.

A la mañana siguiente, el rey nuevamente convocó a sus doce cazadores. Esta vez tenían que presentarse en la sala principal. Los doce cazadores caminaron sobre el brillante suelo de piedra pulida, sortearon las ruecas sin mirarlas y finalmente presentaron sus respetos al monarca.

—¿Para qué nos habéis hecho llamar, mi rey? —preguntó Adalia con su habitual voz de hombre.

Igual que el día anterior, el rey estaba tan contrariado que dudó qué responder. Para no parecer un necio les pidió que afilaran y abrillantaran los floretes. Los doce cazadores se miraron extrañados y tras una reverencia, fueron hacia la sala de armas. En cuanto el rey se quedó solo apareció el león ante él.



—Me mentiste —lo acusó furioso—. Ni siquiera se percataron de que había doce rucas. Solo me has demostrado que son hombres.

Sin perder la calma el león respondió:

—Majestad, las doncellas conocían esta prueba y actuaron como si fueran hombres.

Sin embargo, esta vez el rey Galaway se negó a creer al león.

—Que los cazadores sean mujeres u hombres es irrelevante —confesó al animal mágico—. No es propio de un buen rey perder el tiempo intentando averiguarlo. Mi reino me necesita.

Después de estas palabras, humillado y avergonzado, el león se dispuso a abandonar el reino. Sin la mágica criatura merodeando el castillo, los doce cazadores estrecharon su amistad con el rey. Siempre lo acompañaban cuando salía de caza, y cuanto más los conocía, más le gustaban.

—Tu conversación es muy grata —dijo una vez a Adalia, creyendo que hablaba con el cazador—. Hablaría durante horas contigo si pudiera.

La joven estuvo cerca de desvelarle su verdadera identidad de no ser porque de pronto sonaron las trompetas que anunciaban la llegada de la futura reina.

—Mi señor —anunció un vasallo—, se acerca su prometida, la princesa Gretchen.

Aquel aviso causó tanto dolor en el corazón de Adalia que esta se desmayó y cayó al suelo.

Pensando que a su estimado cazador le había ocurrido algo terrible, Galaway corrió hacia él para ayudarlo. En cuanto estuvo a su lado le quitó los guantes para ver el aspecto de su piel y descubrió el anillo. Apenas tardó unos segundos en reconocerlo: un sello de oro con su inicial bellamente tallada.

—¿Qué hace este anillo en su mano? —preguntó a los demás cazadores—. Hace tiempo me perteneció y se lo entregué a la única mujer que he amado en mi vida.

Entre todo el revuelo la joven princesa extranjera llegó hasta su prometido y vislumbró la estampa entre el joven rey y la doncella que yacía a su lado. Al oír las últimas palabras del rey, la princesa Gretchen se acercó a su prometido.

—Sé que el nuestro no era un enlace por amor —dijo—, sin embargo, confiaba en que me amaras con el tiempo. Pero si tu corazón pertenece a la dueña de este anillo, debes casarte con esta doncella, pues no quiero pasar el resto de mi vida junto a un hombre desdichado.

Las palabras de la princesa llegaron hasta Adalia como un bálsamo que curara sus heridas de amor. Volvió en sí y se descubrió el rostro para que Galaway pudiera saber quién era en realidad.

—Mi amada, ¿eres tú? —sollozó el rey al verla—. No soy digno de ti, pues he faltado a la promesa que te hice.

Adalia lo miró compasiva y se incorporó para que pudiera escuchar bien sus palabras.

—Cumpliste tu deber como hijo y como heredero al trono —dijo—. Y si bien es verdad que faltaste a tu promesa al no regresar a mi lado, has mantenido tu amor tan vivo como el primer día.

—Nada ni nadie en el mundo puede cambiar eso —contestó el rey.

El consejero real le entregó una carta a Galaway.

—Es de vuestro padre —explicó—. Me pidió que os la entregara llegado este momento.

—«Mi amado hijo —leyó Galaway—, esta es la primera lección que has aprendido como rey: no gobierna mejor el que obedece a su palabra, sino el que obedece a su corazón».

El joven rey comprendió entonces la compasión de Adalia.

—Antes de que yo aprendiera esa lección, tú ya la sabías —le dijo estrechando sus manos entre las suyas—. No tengo ninguna duda de que serás una magnífica reina.

El juglar del laúd

Rusia

En las montañas de Altái, en la lejana Rusia, el zar Nikolai y su esposa Ekaterina vivían felices. Ekaterina era curiosa e inteligente. Conocía el alfabeto cirílico y la aritmética, tocaba el laúd con virtuosismo y disfrutaba de la lectura en las largas noches invernales. Sin embargo, el zar, de carácter más inquieto e impetuoso, se aburría. Añoraba las campañas militares. Ambos se amaban, aunque él siempre presumía de que su amor era más grande y puro que el de su esposa.

—¿Qué puedo hacer para demostrarte que te amo tanto como tú a mí? —le preguntaba Ekaterina.

El zar no contestaba, pues en realidad no era más que un juego para él, aunque a ella le molestaba profundamente.

La impaciencia del zar lo llevó a emprender un largo viaje en busca de batallas que lo encumbraran con mayor honor y gloria.

—Deseo viajar más allá de los montes Sailughem, que se sitúan hacia el oeste de los Sayanes —le dijo a su esposa—. Ansío probar mi fuerza en nuevas batallas, vencer enemigos y aumentar mi poder.

La reina no comprendía la necesidad de conflicto que tenía su esposo. Además, lo que pretendía era demasiado arriesgado, pues los pasos montañosos que atravesaban la cordillera eran escasos y difíciles de cruzar.

—El Ulan-daban y el Chapchan-daban son peligrosos —le recordó Ekaterina intentando persuadir a su esposo para que buscara una empresa menos arriesgada.

—Justamente por eso quiero ir hacia allí —replicó él con firmeza.

—¿Acaso mi amor por ti no es suficiente para que seas feliz a mi lado? —le preguntó ella en un último intento por disuadirlo.

Pero todo fue en vano. El zar dio instrucciones y sabios consejos a sus ministros para que gobernaran en su ausencia, se despidió de su esposa y partió con su ejército hacia las montañas.



Se dirigieron hacia el Monch Chajrchan Uul, cumbre del Altái mongol. El zar quería enfrentarse al sanguinario emperador Baaskaa, que tenía atemorizados a sus súbditos.

Cuando cruzaron la frontera y se adentraron en el territorio del emperador mongol, nada los detuvo. El zar Nikolai y su ejército siguieron avanzando, derrotando a todos aquellos que se interponían en su camino. Pero las victorias no duraron mucho. Cuando llegaron a Changan Nuru, en Mongolia Central, un ejército de jinetes arqueros provocó la huida de la mayoría de sus soldados. Los que permanecieron junto al zar fueron hechos prisioneros, como él.

Nikolai y sus soldados fueron conducidos hasta la prisión, donde el emperador Baaskaa los mantuvo cautivos.

Sobre el gélido suelo, con apenas un cuenco de agua para cada uno, estuvieron encadenados durante toda la noche hasta el amanecer. En cuanto los rayos de sol asomaron por el horizonte, despiadados soldados mongoles les ordenaron arar la tierra, dura como el hielo, hasta que oscureció. Así estuvieron día tras día, durante tres años, sin vislumbrar el final de esa pesadilla.

Pasados los años, el zar al fin encontró un modo de enviar noticias a su querida esposa. Se las arregló para mandarle esta nota: «Vende los castillos y palacios, las piedras preciosas y todo lo que encuentres de valor en el reino. Compra con ello mi libertad y la de mis soldados o pronto moriremos en esta

horrible prisión».

Cuando Ekaterina recibió la nota, se encerró en sus aposentos para leerla en soledad. Lloró amargamente mientras se preguntaba a sí misma:

—¿Cómo puedo liberar a mi querido esposo?

Ekaterina sabía que, en cuanto la descubriese, el emperador mongol la convertiría en una de sus esposas. ¡Su fama de sanguinario recorría la estepa sembrando el terror en todos los que escuchaban sus fechorías!

—Además, no puedo confiar en ninguno de los ministros —susurraba—. Deberán realizar un largo y peligroso viaje cargando todos nuestros tesoros.

La esposa del zar sabía que apenas podía confiar en que el rescate llegase a manos del emperador Baaskaa. O bien el ministro encargado de tamaña hazaña se daba a la huida, o bien los propios hunos lo asaltarían por el camino.

Ekaterina ordenó que no se la molestara hasta nueva orden y se encerró en sus aposentos para dar con una solución. La zarina pensó hasta que se le ocurrió una idea. Se quitó el kokóshnik de delicados brocados que coronaba su cabeza, cortó su hermosa cabellera oscura y se vistió. Ajustó la kosovorotka, una blusa masculina abotonada a un lado, con un cinturón de lana sobre los pantalones de lino y se cubrió la cabeza con un kartuz. Así, con las ropas de un hombre, pasaría desapercibida. Después tomó su laúd y, sin decir nada a nadie, emprendió camino hacia los montes Sailughem.

Atravesó grandes dificultades antes de llegar a la ciudad del emperador huno. Cabalgó por altiplanos desolados y frondosos bosques de otoñales colores que se reflejaban en aguas cristalinas. Cruzó ríos de color turquesa, se protegió de los leopardos de las nieves y en las noches más frías logró refugiarse en los pueblos que encontró en el camino.

Cuando al fin llegó a su destino, recorrió con sigilo el palacio burlando a los guardias gracias a su ingenio, hasta que encontró el gran patio central y, tomando su laúd entre las manos, comenzó a tocar tan bellamente que hasta las aves silenciaron su aleteo para escucharla.

Ekaterina tocó tantas melodías como recordaba y, cuando al fin reunió ánimo para cantar, interpretó las más bellas canciones de su país. Ciertamente, su voz era más dulce incluso que la del ruiseñor ruso.

*Estoy en tierra extranjera,
lejos de todo lo que amo,
traigo el laúd en mi mano.
¿Quién agradecerá mi canción?*

*¿Cuál va a ser mi recompensa?
Como suspiran los amantes,
siempre vendré a saludarte.
Canto a las flores llorosas
que el sol y la lluvia mojan;
a los dulces besos de amor
y al dolor de la partida.
A la tristeza del cautivo
entre los muros de su prisión.
Para los corazones rotos
mi canción te pide compasión.
Traigo regalos al palacio,
y mientras toco esta canción,
me detengo ante tu puerta.
Si hoy escuchas este canto
dentro de tu palacio, señor,
¡oh!, no es oro ni riqueza
lo que desea mi corazón.*

Tan pronto como el emperador mongol escuchó esta canción tan conmovedora dejó sus asuntos y se abandonó a la belleza del canto. Algo ocurrió en el despiadado corazón del cruel Baaskaa. Desde su asiento, ricamente decorado con pieles, contempló al delicado juglar que con tanta dulzura tocaba el laúd.

La voz de Ekaterina lo transportó a los inocentes juegos de su infancia, a su primer beso de amor, a la mágica luz que trae la esperanza, al alivio del llanto y la comprensión.

Se levantó lentamente, sintiendo de pronto en su viejo cuerpo el cansancio de todas las batallas. Por primera vez en muchos años no quiso infundir temor.

—Bienvenido a mi palacio, forastero —saludó Baaskaa afablemente.

El emperador sentía tanta curiosidad por conocer al virtuoso juglar que no disimuló sus ansias por saber.

—¿De dónde vienes? —continuó el emperador.

—Honorable Baaskaa, mi tierra se encuentra muy lejos de aquí.

Antes de que el joven pudiera decir siquiera el nombre de su país, el emperador, impaciente, formuló su siguiente pregunta.

—¿Dónde aprendiste a tocar así el laúd? —le interrumpió—. Jamás escuché nada tan hermoso.

—Gran señor —respondió Ekaterina—, he aprendido en todas partes, vagando por el mundo, y me he ganado la vida con mi música.

El emperador huno quiso que el joven permaneciera en el palacio para seguir escuchando sus melodías.

—Quédate aquí unos días —le propuso—, toca para mí y cuando desees irte, te daré lo que pides en tu canción: el deseo de tu corazón.

Ekaterina aceptó la invitación. Ese había sido su propósito desde el momento en que decidió cortar su cabello y vestirse como un hombre. Se acomodó para tocar de nuevo el laúd y retomar su canto. Durante todo el día Baaskaa estuvo junto a ella, sin sospechar ni por un momento cuál era su verdadera identidad, pues estaba absorto en los hermosos sonidos que inundaban la estancia imperial. No quiso beber ni comer para no ser molestado, no se cansaba de escuchar. Aquel fue el primer día que el emperador olvidó martirizar a sus súbditos con su crueldad.

No le importaba nada más que la música. Ekaterina permaneció un momento en silencio para tomarse un descanso y el emperador aprovechó para hablar. Cerró los ojos y recostándose en el respaldo de su trono, asintió con la cabeza mientras decía estas palabras:

—Juglar, tu canto cura mi alma atormentada. Los sonidos del laúd y la belleza de tu voz logran que mi corazón florezca de nuevo.

Ekaterina sonrió tímidamente para agradecer al emperador su sinceridad. Tomó de nuevo el instrumento entre sus manos y continuó tocando y cantando durante tres días más.

Cuando Ekaterina pensó que Baaskaa había tenido suficiente para que ella pudiera seguir con su plan, quiso despedirse de él.

—Mi gran señor —dijo al acabar su canción—, ha llegado el momento de seguir mi camino.

El emperador la miró con pesar, pues no quería que su juglar se marchara, pero recordó el trato que habían hecho el primer día.

—Está bien —aceptó con un suspiro—. ¿Qué deseas como recompensa?

—Oh, emperador de todos los hunos, tan solo quisiera uno de tus prisioneros —dijo Ekaterina—. Tienes muchos en tu prisión y me alegraría tener un compañero de viaje. Cuando escuche su voz en los caminos, pensaré en ti y te daré las gracias.

—Si eso es lo que desea tu corazón, ven, entonces —aceptó Baaskaa sin dudar—, elige a quien quieras.

El emperador acompañó al juglar hasta donde se encontraban encerrados los prisioneros, él mismo llevó su laúd.

La zarina caminó entre los prisioneros buscando a su esposo. Cuando al fin vislumbró su silueta contuvo el aliento con el corazón desbocado de alegría. Aún debía continuar con su farsa para poder sacarlo de allí.

Escogió a su esposo como si fuera uno cualquiera entre los demás, se despidió de Baaskaa y emprendieron el viaje.

Ekaterina había logrado su propósito, pero aún le quedaba cumplir con la segunda parte de su plan. Durante la larga ausencia del emperador, se había dado cuenta de que su esposo se divertía al reprocharle que su amor era más grande y puro que el de ella. Así que, decidida, dejó que creyera que era un juglar quien lo había liberado. Ni siquiera en los momentos más difíciles del regreso, cuando el camino se hacía insufrible por cansado o peligroso, cedió a la tentación de decirle la verdad. Así, cuando llegaron a la frontera, el zar dijo:

—Déjame ir ahora, amable juglar. No soy un hombre común, sino el zar de este país. Libérame y te recompensaré con lo que me pidas.

—No hables de recompensa —respondió Ekaterina, aún fingiendo voz varonil—. Ve en paz.

Al zar le sorprendió el desinterés que el juglar tenía por lo material, pues cualquier otro en su lugar habría pedido riquezas y títulos.

—Entonces ven conmigo y sé mi invitado —le ofreció para agradecerle que lo hubiera liberado.

Ekaterina, que esperaba un ofrecimiento así, había pensado en la respuesta adecuada.

—Cuando llegue el momento oportuno, estaré en tu palacio —respondió mientras tomaba su laúd y continuaba su camino.

En cuanto la zarina supo que Nikolai la había perdido de vista tomó un atajo que la condujo a palacio. Según tenía previsto, llegó antes que el zar. Se despojó de su atuendo de hombre para vestirse con una blusa de lino y un sarafán con preciosos bordados. Tomó su kokóshnik entre sus manos y lo ajustó a su cabeza. Hacía tiempo que no se veía tan hermosa, con su vestido y su tocado.

Una hora después, la servidumbre de palacio, los soldados, ayudantes y ministros corrían de un lado a otro.

—¡Nuestro zar ha regresado! —gritaban—. ¡Nuestro zar ha vuelto!

El zar Nikolai saludó a todos con gran emoción, pero apenas prestó atención a su esposa, la zarina.

En cuanto se recuperó del largo viaje, convocó a sus consejeros y ministros.

—Mirad qué esposa tengo —les dijo sin ocultar su decepción—. Aquí está, tan hermosa como siempre, prodigándome todo tipo de cuidados, pero cuando estaba preso en las mazmorras de los hunos y le pedí auxilio, no hizo nada para ayudarme.

Los allí presentes se miraron unos a otros sorprendidos.

—Gran zar —respondieron casi al unísono—, cuando llegaron noticias de vuestro cautiverio, la zarina desapareció. Nadie supo adónde fue, ni hubo noticias de ella hasta hoy mismo que ha regresado.

Nikolai se enfureció. Dudó de la lealtad y fidelidad de Ekaterina.

—¡Juzguen a mi esposa por alta traición!

Después, conteniendo su ira, pero con gran dureza, se dirigió a la zarina y le dijo:

—Nunca hubieras visto a tu zar otra vez, si un juglar con un laúd no me hubiera liberado. Lo recordaré con gratitud mientras viva.

Ekaterina apenas movió un músculo de su rostro, pues aún faltaba el último paso para cumplir su plan. Hizo una reverencia mostrando respeto al zar y se dirigió a sus aposentos. Rápidamente se despojó de sus ropas, de nuevo vistió de juglar y se sentó en un banco de piedra en el patio central del palacio.

Allí cantó dulcemente su canción.

*Estoy en tierra extranjera,
lejos de todo lo que amo,
traigo el laúd en mi mano.
¿Quién agradecerá mi canción?
¿Cuál va a ser mi recompensa?
Como suspiran los amantes,
siempre vendré a saludarte.
Canto a las flores llorosas
que el sol y la lluvia mojan;
a los dulces besos de amor
y al dolor de la partida.
A la tristeza del cautivo
entre los muros de su prisión.
Para los corazones rotos
mi canción te pide compasión.
Traigo regalos al palacio,*

*y mientras toco esta canción,
me detengo ante tu puerta.
Si hoy escuchas este canto
dentro de tu palacio, señor,
¡oh!, no es oro ni riqueza
lo que desea mi corazón.*



Tan pronto como el zar escuchó esta canción, abandonó la gran sala del palacio para encontrarse con el juglar. Emocionado, pensando que acababa de llegar, lo tomó de la mano y lo llevó al palacio.

—Aquí está —anunció—. Es el joven que me liberó de la prisión. Y ahora, mi verdadero amigo, espero que aceptes si te doy el deseo de tu corazón.

—Estoy seguro de que serás tan generoso como el emperador Baaskaa, señor —contestó Ekaterina con voz varonil—. Te pido lo mismo que a él: un prisionero que me acompañe en el viaje.

Mientras hablaba, se despojó de su larga capa y todos vieron que era la zarina.

—¿Presumes ahora de que tu amor es más grande y puro que el mío? —quiso saber Ekaterina.

—Y tú te preguntabas cómo demostrarme que me amas tanto como yo a ti —le contestó Nikolai—. Con tu valentía e inteligencia no solo has

demostrado ser la más sabia y valerosa zarina de todos los tiempos, sino la reina indiscutible de mi corazón.

—¿Volverás a partir en busca de honor y gloria? —preguntó ella.

—No lo necesito ya, pues no hay mayor honor y gloria que el que la vida me otorga junto a ti.

El príncipe y la princesa Badoura

Persia

A dos lunas de las costas de Persia existía una isla gobernada por un sultán llamado Chazaman. La paz y la prosperidad de su reino podrían haberlo convertido en el hombre más dichoso de toda Persia. Sin embargo, vivía atormentado, pues ya viejo y sin descendencia, temía morir sin dejar un heredero en el trono. Un día le preguntó al gran visir cómo remediar su desgracia.

—Honrad a Alá con vuestra generosidad hacia todos los súbditos que os aman y os necesitan —respondió el visir—. Repartid monedas entre ellos para que le pidan a Alá que os conceda descendencia.

Chazaman pensó que no tenía nada que perder, por lo que repartió dinero entre su pueblo. Cumplió tan bien el consejo del visir que a los nueve meses su esposa Fátima dio a luz el hijo que deseaba. Le puso el nombre de Kamaralzaman.

El sultán quiso que su hijo fuera educado por los mejores preceptores y, cuando consideró que el príncipe estaba preparado, Chazaman decidió que había llegado la hora de cederle el trono.

De nuevo pidió consejo al visir, quien le dijo:

—Señor, el príncipe aún es joven para soportar la pesada carga del reino. ¿No teme vuestra majestad que las distracciones de la juventud lo lleven por mal camino?

—¿Y qué propones para evitarlo? —preguntó el sultán.

—Creo que antes de subir al trono sería conveniente que se casara —respondió el visir.

Cuando Kamaralzaman conoció las intenciones de su padre se quedó en silencio, sin disimular su contrariedad.

—Padre —comenzó—, soy muy joven aún, no creo que pueda soportar el yugo del matrimonio. He leído que las mujeres son charlatanas y ociosas, y que no se detienen ante nada para satisfacer sus caprichos.

Desconcertado, Chazaman le recordó su obligación de tener descendencia que lo sucediera en el trono. Entendió la razón de su juventud y quizá por eso quiso ofrecerle un valioso consejo.

—Busca la compañía de personas sabias, prudentes y comprometidas, hijo mío —le dijo—. Ojalá descubras pronto que nadie reúne esas cualidades con tanta armonía como una mujer.

Chazaman dejó que pasaran cuatro estaciones y al cabo de un año el sultán citó al joven en sus aposentos.

—¿Has pensado en lo que te propuse hace un año, acerca de tu matrimonio?

—Sí, padre, lo he meditado —contestó el príncipe con actitud más decidida que la vez anterior—. Estoy firmemente resuelto a no contraer matrimonio.

Después giró sobre sí mismo y sin pronunciar ninguna palabra más abandonó la estancia.

El sultán estaba tan apenado y confundido por la negativa de su hijo que pidió ayuda a su esposa Fátima. Pero la sultana tampoco tuvo mejor suerte en su conversación.

—Madre —contestó Kamaralzaman—, no insistas más. Doy por cierto que en el mundo habrá mujeres leídas, disciplinadas e inteligentes. Pero es sumamente difícil acertar en la elección.

—No deberías ceder ante el temor a equivocarte —respondió Fátima—, recuerda, además, que has de dar descendencia al trono.

—¿Ves? —replicó el príncipe—. Ni siquiera sería libre para elegir a la joven que más me agradase, pues lo más importante sería atender a las conveniencias del reino.

La sultana siguió escuchando a su hijo, intentando encontrar en sus palabras algún resquicio por el que convencerlo.

—¿Qué esposa elegiré mi padre para mí? —continuó Kamaralzaman mientras se caldeaban los ánimos—. Una princesa, hija de cualquier rey vecino, que, me agradase o no, tendría que soportar.

El joven dejó caer su puño sobre la mesa de ébano antes de concluir:

—¡Repito que jamás me casaré!

Así que no hubo manera de convencer al príncipe, obstinado en su negativa. Pasaron cuatro estaciones más y Kamaralzaman volvió a dar la misma respuesta a los ruegos de su padre. El sultán vio agotada su paciencia, le urgía abdicar en su hijo, y como esto era imposible mientras el príncipe no cediera en su obstinación, decidió encerrarlo en una de las torres del palacio.

—Que solo tenga un sirviente —ordenó el sultán—. Un eunuco le bastará. A ver si privado de su libertad recapacita sobre su destino.

El anciano Chazaman imaginaba a su hijo aburrido entre los muros de la torre, rogándole en poco tiempo que le permitiera contraer matrimonio con cualquier princesa de su elección. Sin embargo, Kamaralzaman aceptó de

buen grado la decisión de su padre, pues enseguida cayó en la cuenta de que así tendría tiempo para dedicarse a sus estudios.

En la misma torre en la que el príncipe fue recluido había un pozo en el que habitaba el hada Maimocene. Una noche de luna llena en la que Kamaralzaman se había quedado dormido sobre grandes manuscritos de astronomía, Maimocene salió del pozo y se quedó extasiada al contemplar lo que vio.



—Jamás había tenido ante mis propios ojos semejante belleza —susurró y le besó las mejillas con cuidado de no despertarlo.

En ese momento sintió un batir de alas. Era el genio Dauhasch, que la miró de mala gana, pues sus poderes eran inferiores a los de Maimocene.

El hada, molesta por su presencia, quiso burlarse de él. Para evitarlo, Dauhasch suplicó que lo escuchara.

—Si prometes no hacerme daño, te revelaré un secreto que te sorprenderá —rogó el genio.

—Habla —contestó el hada—, te concedo lo que pides.

—He estado cerca de las últimas islas del mundo —comenzó Dauhasch sin perder tiempo—, en la lejana China, uno de los más grandes reinos de la Tierra. Su rey, Gaiur, tiene una única hija, la princesa Badoura.

—¿Y bien? —le interrumpió el hada fingiendo un bostezo de aburrimiento.

—Es la joven más hermosa que ha existido jamás —se apresuró el genio—. Su cabello le llega hasta los pies. Para evitar que se acerque a ella el que no haya de ser su esposo, su padre, el rey, la tiene recluida.

Maimocene no soportaba que la privaran de tener razón en todo cuanto pensaba y decía. El hada, tan segura de que acababa de ver al humano más hermoso de la faz de la Tierra, no estaba dispuesta a tolerar que Dauhasch, genio de inferior categoría, desdijera sus palabras.

—¿Eso es todo? ¿Me molestas para hablarme equivocadamente? —se quejó Maimocene—. Has de saber que no hay humano, hombre o mujer, más hermoso que este joven que duerme delante de tus ojos.

El genio no quiso discutir con el hada, prefirió seguir con su narración, a la espera de que la propia Maimocene cayera en la cuenta de que la princesa de quien hablaba era más hermosa que ese joven que dormía en la torre.

Dauhasch le explicó que para evitar el aburrimiento del encierro Gaiur había mandado construir siete palacios: el primero de cristal de roca, el segundo de bronce, el tercero de fino acero, el cuarto de un rico metal más precioso aún, el quinto de mármol blanco, el sexto de plata y el séptimo de oro macizo. Pero, a pesar de los esfuerzos del rey, la belleza de su hija era conocida en todo el mundo, de tal modo que los más poderosos reyes la habían pedido por esposa. Su padre amaba tanto a Badoura que solo deseaba su matrimonio con quien ella eligiera.

—Un día llegaron los embajadores de un rey mucho más poderoso y rico que todos los anteriores —continuó el genio—. Gaiur los reunió ante la princesa y le consultó sobre tan ventajoso matrimonio.

»—Amado padre —respondió Badoura—. Te agradezco de corazón tus buenos sentimientos, pues bien sé que deseáis casarme para asegurarme la dicha.

»Gaiur sonrió ante las amables palabras de su hija, aunque su satisfacción duró bien poco.

»—Pero, decidme —continuó ella—, ¿qué rey podrá darme, no ya mayor, sino al menos la misma sabiduría y conocimientos de que gozo junto a ti?

»El rey tomó aire para responder, pero la princesa Badoura continuó hablando:

»—Mas, aunque nada de esto me faltase, y aunque tuviese todos los honores que aquí se me rinden como si fuese reina, reconoce, amado padre, que los hombres siempre ansían mandar, y yo no estoy dispuesta a obedecer a

nadie más que a ti, mi padre y rey.

»Los embajadores del archipoderoso reino mostraron claramente su contrariedad, aunque ni siquiera pudieron hablar, pues la princesa se levantó airada de su asiento y, mientras abandonaba la sala, dijo con determinación impropia de una joven:

»—¡Padre! Repetidamente te he dicho que jamás me casaré y, no obstante, insistes en tus propósitos. Pues bien, si vuelves a hablarme de matrimonio, me clavaré un puñal en el pecho para librarme del horrible destino que preparas para mí.

»Gaiur, rey de China, soberano de uno de los reinos más grandes de la Tierra, no podía permitir que nadie, ni siquiera su amada hija, se dirigiera a él con semejante insolencia, y menos aún ante los embajadores de un reino extranjero.

»—¡Insolente y desagradecida! —bramó Gaiur—. Estás loca si crees que puedes hablarme así y despreciar a tan poderoso pretendiente.

»En presencia de los embajadores, para que estos pudieran medir su furia ante tal afrenta, ordenó que encerrasen a su hija en la más pequeña habitación de los siete palacios. Y para que el castigo fuera mayor, solo estarían a su servicio una esclava y su nodriza.

»Poderosa Maimocene —prosiguió el genio—, todos los días contemplo la incomparable belleza de Badoura. Y ni siquiera mis malvados instintos logran romper la bondad que su rostro inspira.

—¿Insistes en contrariarme? —le increpó el hada—. ¿Crees que tu princesa puede competir en belleza e ingenio con mi príncipe?

Para no despertar la ira de Maimocene, el genio Dauhasch fue a por Badoura, que estaba dormida. Cuando regresó a la torre del hada la tendió junto al príncipe, que también dormía. El hada y el genio discutieron sobre cuál de los dos era más hermoso, hasta que, impaciente, Maimocene se transformó en pulga y picó al príncipe en el cuello.



La mordedura despertó a Kamaralzaman, que casi dio un salto de sorpresa al hallar a una joven a su lado. Se incorporó de un brinco y apenas fueron necesarios unos segundos para que se quedara prendado de su belleza.

Pensó despertarla y declararle sus sentimientos, pero en ese instante le asaltó una sospecha.

—¿Será esto una maniobra de mi padre para que sucumba al matrimonio? —murmuró.

Ante tamaña duda, Kamaralzaman se abstuvo de despertarla. Con mucho cuidado la despojó de un anillo que llevaba en su mano derecha y lo sustituyó por uno suyo. Después le dio la espalda y se dispuso a recuperar el sueño.

Dauhasch siguió los pasos del hada. Se transformó en pulga y picó a Badoura, que también se despertó.

Tal como le había ocurrido al príncipe, se sorprendió al ver a un joven a su lado.

Y como le ocurrió al joven, bastaron unos segundos observando la belleza de Kamaralzaman para que se enamorase de él.

—¿Así que este es el esposo elegido por mi padre? —murmuró—. ¡Cuántas afrentas me hubiera ahorrado de haberlo sabido antes!

Con cuidado de no despertarle, Badoura le acarició la mano derecha. Al encontrar su anillo en el anular del joven, dedujo que efectivamente era su esposo, y como la idea le agradaba, volvió a dormir profundamente.

El hada sostuvo que ella estaba en lo cierto al afirmar que el príncipe era

más hermoso, y el genio, por no contrariarla más, regresó a China con la princesa, dejándola de nuevo en la más pequeña estancia de los siete palacios, donde continuaría su encierro.

Cuando a la mañana siguiente Kamaralzaman despertó, montó en cólera al ver que la misteriosa joven había desaparecido. Tales fueron sus gritos e improprios que el eunuco avisó al sultán.

El anciano Chazaman, convencido de que su castigo había sido la causa del desvarío de su hijo, inmediatamente envió al gran visir para que le informara de lo que ocurría.

—Me alegro de que hayáis venido —saludó Kamaralzaman—. ¿Dónde está la joven que introdujeron anoche aquí por orden de mi padre, suponiendo que me enamoraría de ella? ¡Responde! ¿Dónde está? ¡Quiero que sea mi esposa!

—Príncipe —repuso el visir manteniendo la calma—, quizá el encierro os haya afectado demasiado, pues nada ha ordenado vuestro padre, el sultán.

Como el emisario de Chazaman no lograba desentrañar el misterio del que hablaba el príncipe, le pidió que acudiera él mismo a la torre.

Kamaralzaman estaba inmerso en la lectura cuando se percató de la presencia de su padre. Se levantó del diván y se dirigió a él con gran respeto.

—Padre —comenzó el príncipe—, os suplico que me traigáis de nuevo a la joven que anoche introdujisteis en este aposento para que sea mi esposa.

—Has debido de soñarlo, hijo mío —repuso el sultán—. No sé de qué me hablas, ni siquiera he tenido nunca semejante idea.

Para demostrar a su padre la verdad de lo que relataba, Kamaralzaman le mostró el anillo que había sustraído a la joven.

El sultán comprendió que su hijo decía la verdad y, como estaba dispuesto a casarse, lo liberó de su encierro. Pero no halló Kamaralzaman forma de dar con el paradero de la misteriosa joven.

En los confines del mundo, en la lejana China, algo muy similar ocurría en la prisión de la princesa. Solo que el rey Gaiur creyó que su hija había enloquecido. Al no encontrar remedio para su mal, con gran dolor publicó un bando real en el que prometía la mano de la princesa a quien la curase, pero castigándolo con la pena de muerte si fracasaba.

A la llamada del rey se presentó un astrólogo. Examinó a la princesa y

determinó que realmente había perdido el juicio, pues padecía locura de amor.

El rey no lo creyó y el astrólogo fue decapitado esa misma tarde.

Nadie más quiso aventurarse a perder la vida, pues no había forma de convencer al rey de que su hija moría de amor. Un día, un joven llamado Marzaban, hijo de la nodriza que la vigilaba y hermano de leche de la princesa, acudió secretamente a la prisión de Badoura.

Ella le relató con todo detalle lo ocurrido en la torre del príncipe y después le mostró el anillo.

—Así que, dime, hermano mío —le rogó Badoura—, ¿realmente crees que estoy loca?

—Mi querida Badoura —respondió Marzaban—, recorreré los reinos que pueblan la Tierra hasta dar con aquel a quien amas.

Al día siguiente Marzaban emprendió el viaje. Visitó muchos reinos, como prometió, hasta que finalmente llegó a Persia. Llegó a oídos del gran visir que un extranjero había viajado desde la lejana China hasta allí.

—Traedlo ante mí —ordenó—, quizá ese viajero sepa cómo curar al joven príncipe.

Marzaban se presentó ante el gran visir, quien lo condujo a las habitaciones del príncipe, donde reposaba junto a su padre. El viajero no perdió un momento para hablar de la princesa y del mal que la aquejaba.

Según avanzaba en su relato, los ojos de Kamaralzaman iban cobrando vida.

Cuando Marzaban terminó de hablar, el príncipe quiso quedarse a solas con él.

—Oh, príncipe de Persia —dijo Marzaban, en cuanto estuvieron solos—. Llegó el final de vuestras penas. Conozco a la joven que amáis: es la princesa Badoura, hija del rey de China. Sufre como vos. Y solo vuestra presencia puede sanarla.

En cuanto escuchó tan reveladoras palabras, Kamaralzaman quiso ponerse en marcha y se embarcó en el puerto más próximo en compañía de Marzaban. Durante la larga travesía tuvo el joven tiempo de instruir al príncipe sobre cómo presentarse ante Gaiur, el rey de China.

—Decid que sois astrólogo —le sugirió— y que os presentáis con la intención de curar a la princesa Badoura. Decid también que aceptáis morir si fracasáis en el intento o casaros con la princesa si se cura mediante vuestra intervención.

Gaiur mandó, pues, a un eunuco para que acompañase a Kamaralzaman al palacio donde estaba encerrada Badoura. Cuando llegó a la antesala de su

estancia, redactó una carta que decía así:

Mi amada Badoura:

Este humilde hombre que prefirió la libertad entre los muros de una torre al encierro del matrimonio os asegura que no puede ya mantener su palabra. Desde el instante en que os vi supe que somos almas gemelas y os entregué mi corazón. Como prenda de mi amor os puse un anillo a cambio del vuestro. Hoy os lo envío con esta carta. Si optáis por devolvérmelo, me consideraré el más feliz de los hombres; y si lo conserváis, moriré como prueba del amor que os profesó. En vuestra antecámara espero la contestación.

—Lleva esta carta a tu señora —le dijo al eunuco—. Si vuestra princesa no se cura en cuanto la lea, puedes decir que soy el hombre más imprudente del mundo.

No hizo falta que la princesa atendiera siquiera al encabezamiento, pues nada más ver el anillo recuperó la energía y ganas de vivir que había perdido. Corrió a la antecámara y le bastó una mirada para reconocer al príncipe.

—Os devuelvo mi anillo —dijo la princesa después de un largo abrazo—, pues quiero conservar el vuestro toda la vida.

—Afortunado extranjero —alabó el rey—, quienquiera que seas, te la doy por esposa.

—No eres tú quien me da —intervino la princesa firme—. Eso, padre, fue lo que me hizo elegir el encierro. Soy libre de decidir mi vida y si hasta ahora quise permanecer en el encierro, ahora elijo en libertad con quién quiero desposarme, pues encontré al hombre digno de mí.

La princesa Peonía

Japón

Azuchi-no-shiro era el nombre del fastuoso castillo que defendía la ciudad de Gamogun, en la provincia japonesa de Omi. Allí vivía el daimio Yuki Naizen-no-jo, el señor feudal, rico y poderoso. Como sistema de defensa, el castillo estaba rodeado por un enorme foso en el que perecían los asaltantes y enemigos. Pero, con el tiempo, el daimio logró establecer la paz en Gamogun y la imponente fortaleza de Azuchi-no-shiro se contagió de la alegría asociada a la prosperidad.

Los dioses sonreían al daimio, pues iba a nacer su primera hija. Sin embargo, su esposa murió durante el parto y al señor feudal le embargó una tremenda tristeza. Solo el discurrir de los años, a pesar de sus gélidos inviernos y sus lluviosas primaveras, pudo cerrar la herida de Yuki. El tiempo y Aya, su hija, en quien quiso cultivar el amor por las cosas hermosas.

Cuando Aya creció, su padre ordenó llamar a los mejores escribas, budistas y sintoístas, para que le enseñaran escritura, lectura y aritmética. El daimio, inspirado por la belleza de las artes que su amada esposa le había inculcado, instruyó a su hija para que fuera exquisita y delicada en la vida.

La pequeña Aya aprendió a tocar la biwa, el instrumento favorito de su madre, y era tan virtuosa en el dulce rasgueo de sus cuerdas como lo había sido ella. Yuki escuchaba sus melodías con tanto orgullo que permitió a su hija unirse al grupo del gagaku, la música cortesana de la corte imperial.

Cuando Aya cumplió dieciocho años, en la provincia de Omi reinaba la paz y la tranquilidad. Se vivía un período de bonanza que Yuki encontró idóneo para que su hija contrajera matrimonio. Había llegado el momento de buscarle esposo.

En otro lugar, Ako, el señor feudal de la provincia de Harima, había decidido casar a su segundo hijo, Akihiro. Al llegar a sus oídos que su vecino de Omi buscaba pretendiente para su heredera, envió a un emisario. De este modo comenzaron las negociaciones, pues ambos daimios aceptaron de buen grado el compromiso. Era, a todas luces, muy beneficioso para las dos provincias.

Akihiro aceptó de buen grado el destino que su padre le tenía reservado y en cuanto supo que Aya sería su esposa se sintió dichoso, pues había oído hablar mucho de su delicadeza, belleza e inteligencia, lo que le agradaba sumamente. En cambio, la joven Aya estaba tan poco animada a contraer matrimonio que ni siquiera prestó atención a su futuro esposo. No reparó en

las virtudes de Akihiro, pues se resignó a aceptar la voluntad de su padre y a respetar la tradición. Ni siquiera se planteaba que pudiera llegar a amarlo en el futuro; a ella le bastaba con alimentar su espíritu y su alma de hermosos poemas y de las bellas canciones que interpretaba con su biwa. Simplemente no se opuso al matrimonio y lo aceptó como una consecuencia natural de su condición.

Aya era feliz con su vida en Azuchi-no-shiro. Disfrutaba de largos paseos junto a las peonías que engalanaban el jardín. Tanto le gustaban que incluso el foso que rodeaba el castillo estaba cubierto de ellas. Una noche, a la luz de la luna y acompañada por sus doncellas, la joven fue paseando por los magníficos jardines hasta llegar al estanque. Le encantaba acercarse a él y contemplar su reflejo mientras escuchaba a las ranas y observaba a las luciérnagas.

En un momento en que no vio dónde pisaba, Aya resbaló y estuvo a punto de caer al agua. Sin embargo, del silencio de la noche salió un joven que la sostuvo entre sus brazos y la depositó con delicadeza sobre la gravilla. Tan pronto como ella recuperó el equilibrio, él desapareció.

Las damas de honor apenas distinguieron un destello de luz, una figura que se deslizó en la noche en cuanto Aya volvió a erguirse sobre sus pies. Pero la joven alcanzó a ver más. Ella había visto a su alma gemela, había contemplado un espíritu bello en un cuerpo hermoso.



—Debe de haber sido un samurái de primer orden —comentó Aya a O Sadayo San, su dama de honor de confianza.

Aya suspiró y cerró los ojos para rememorar la escena que le había robado el corazón.

—Su haori estaba cubierto con bordados de mis peonías favoritas —susurró—. Y su katana resplandecía como un rayo de la mismísima luna. ¡Ojalá lo hubiera visto un minuto más, para agradecerle que me salvara de caer al agua!

—¿Quién puede ser? —preguntó O Sadayo San—. ¿Y cómo ha podido haber burlado a los guardias y haber entrado en nuestros jardines?

El comentario de su dama de honor alertó a Aya, que decidió pedir discreción a su séquito.

—Os ruego que mantengáis conmigo el secreto de lo que aquí ha ocurrido esta noche —pidió—. Si llegara a oídos de mi padre, el gran daimio de la provincia de Omi, mandaría capturar al joven y decapitarlo por invasión.

Aya corrió a sus aposentos, donde se encerró hasta la mañana siguiente. Ese mismo día, con los primeros rayos del sol, la doncella que la atendía informó a Yuki de que su hija estaba enferma.

La dejaron descansar, pues quizá los nervios por la proximidad de la ceremonia matrimonial la habían agotado. Pero ese remedio no supuso ninguna mejoría para la joven. Aya no podía comer ni dormir. Pasaron los días y comenzó a palidecer. Todo transcurrió tan rápido que ni siquiera dio

tiempo de avisar al daimio de la provincia de Harima. Ako y su segundo hijo, Akihiro, se presentaron en el castillo de Azuchi-no-shiro. Sin embargo, en cuanto supieron de la enfermedad de la prometida, interpretaron que los espíritus no eran favorables y decidieron partir.

El padre de Aya mandó traer desde Kyoto, que entonces era la capital de Japón, al mejor de los médicos. Estuvo varios días en Azuchi-no-shiro observando a la hija del daimio, pero nada pudo hacer por ella. A él le siguieron otros médicos, sanadores y doctores, pero ninguno averiguó el mal que se cernía sobre la joven. Aya empeoraba ante la impotencia de todos.

Como último recurso, su padre, Yuki Naizen-no-jo, mandó llamar a la dama de honor, amiga y confidente de su hija.

—O Sadayo San, dame alguna razón para la misteriosa enfermedad de la luz de mis ojos —exigió—. ¿Tiene un amante secreto?

O Sadayo San temió la ira de su señor y, sin darse apenas cuenta, las palabras comenzaron a brotar de sus labios.

—Se nos pidió a las criadas que no dijéramos nada por temor a la ira del señor —balbució temerosa.

—Habla sin miedo —ordenó el daimio, infundiéndole tranquilidad.

O Sadayo narró a su señor el encuentro con el joven que había socorrido a su hija.

—Desde aquella noche nuestra querida Aya ha estado enferma, señor. Es enfermedad del corazón. Está profundamente enamorada del joven samurái. De hecho, mi señor, nunca vi a nuestra princesa en tan mística armonía, pues al fin puede compartir con alguien su gozo ante la belleza de las cosas. Si no podemos encontrarlo, me temo que ella morirá.

Yuki Naizen-no-jo no entendió bien las explicaciones de la criada. ¿De quién hablaba? ¿Y dónde lo había visto? El castillo era la fortaleza mejor custodiada de toda la provincia de Omi. Incluso el jardín estaba muy bien protegido. Era verdaderamente increíble que alguien pudiera entrar sin permiso.

—¿Cómo es posible que un hombre llegue a entrar en Azuchino-shiro? —preguntó el daimio.

—La gente dice que los zorros y los tejones adoptan figuras humanas —contestó O Sadayo San intentando hallar una explicación veraz.

—Aun así es imposible que tales seres sobrenaturales entren en mi castillo, cuyos accesos están todos vigilados —objetó Yuki.

Esa noche, la desdichada Aya parecía más infeliz que nunca. Pensando en animarla un poco, las damas de compañía invitaron a un reconocido músico

de biwa, Yashaskita Kengyo. El calor era sofocante, estaban sentados en la galería y mientras el músico tocaba «Dannoura», de repente apareció detrás de las peonías el mismo apuesto y elegante samurái. Estuvo escuchando durante el tiempo que permaneció Kengyo rasgando su biwa. Todos pudieron verlo detenidamente, incluso pudieron contemplar las peonías bordadas en su haori.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —susurraron las damas.

Pero en cuanto el virtuoso Kengyo dejó de tocar, el samurái desapareció. Aya estaba muy emocionada y parecía más animada de lo que había estado durante días; el daimio se desconcertó más que nunca cuando supo lo ocurrido.

A la noche siguiente, O Yae San tocó la flauta para Aya y O Yakumo, el koto. Mientras las damas interpretaban las dulces melodías que más complacían a su señora, la figura del joven apareció de nuevo. La joven pareció recuperarse nuevamente, su estado de ánimo cada vez era mejor.

El daimio ordenó una exhaustiva búsqueda, que comenzó esa misma mañana, con los primeros rayos de sol. Soldados y sirvientes buscaron por todas partes, incluso entre las peonías, pero no obtuvieron ningún resultado, ni siquiera una huella.

Yuki Naizen-no-jo empezó a temer por la seguridad de su amada hija. Decidió encargar a un oficial veterano de gran fortaleza y renombre, Maki Hiogo, que capturara al misterioso joven si aparecía esa noche. El samurái Maki Hiogo aceptó de inmediato y, en el momento oportuno, vestido todo de negro para hacerse invisible, se ocultó entre las peonías.

De nuevo, Aya se dispuso a escuchar la música nocturna que tanto la conmovía. Y, como las últimas veces, los invitados aguardaron la aparición del misterioso joven. Cuando O Yae y O Yakumo interpretaron una pieza llamada «Sofuren», surgió la figura del joven samurái, vestido magníficamente con su haori decorado con bordados de peonías.

Todos lo miraron y se preguntaron por qué Maki Hiogo no saltaba sobre él y lo atrapaba. Lo cierto era que Maki Hiogo estaba tan asombrado por el noble porte del samurái que no reparó en que se trataba del joven que andaba buscando el daimio. Cuando cayó en la cuenta de que efectivamente debía capturarlo, se acercó sigilosamente a él y, agarrándolo por la cintura, lo aprisionó con fuerza entre sus brazos. Después de unos segundos, Maki Hiogo se desmayó y cayó al suelo, aún aferrado al joven samurái.

Alarmados, los que allí estaban gritaron pidiendo ayuda. Cuando llegaron los guardias Maki Hiogo volvió en sí. Se incorporó y gritó:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Lo he atrapado!

Pero cuando miró lo que tenía entre sus brazos descubrió que no era más que una gran peonía. Para entonces, Naizen-no-jo había llegado al lugar donde se encontraban todos reunidos.

Al ser informado de lo ocurrido, ante el asombro y el desconcierto de los presentes, él mantuvo la calma.

—Es como dije —aseguró—. Ningún zorro ni ningún espíritu de tejón podría burlar a nuestros guardias y entrar en el jardín de mi castillo. Azuchi-no-shiro es una fortaleza inexpugnable.

Yuki se acercó a su hija y, hablando en voz alta para que las damas de honor pudieran oírlo, dijo:

—Es un espíritu que habita en una flor de peonía y que adopta la forma de un príncipe. Debes tomarlo como un cumplido.

Aya escuchó de buen grado las palabras de su padre y quiso saber cómo actuar para corresponder a la peonía.

—Demuestra tu bondad y respeto cuidándola —respondió su padre.

La princesa Aya llevó la flor de regreso a sus aposentos, la puso en un jarrón con agua y la colocó cerca de su almohada. Se sentía como si tuviera a su alma gemela junto a ella. Desde ese momento, la joven experimentó una notable mejoría. Ella misma se encargaba de cuidar la peonía y, por extraño que pudiera parecer, en lugar de marchitarse, la flor se volvía cada vez más fuerte y hermosa.

Llegó un momento en que la princesa se recuperó completamente. Al fin retornó el color a sus mejillas y el brillo a sus ojos. Aya volvía a estar radiante y hermosa, tanto como su peonía, que seguía floreciendo.

Al ver que la princesa Aya había recuperado su estado de salud y se mostraba nuevamente feliz, su padre reanudó las diligencias para celebrar la ceremonia de matrimonio. En los escasos dos días que duraba el viaje, Akihiro, el segundo hijo de Ako, abandonó la provincia de Harima y se presentó ante Aya.

En esta ocasión la joven quiso poner a prueba la sensibilidad de su prometido ante las cosas hermosas. Paseó con él por los jardines de Azuchi-no-shiro y escuchó de buen grado los elogios que Akihiro dedicaba a las bellas peonías. Después del paseo, Aya decidió someterle a una última prueba, que no era otra que tocar ante él su biwa. Cuando Akihiro escuchó las delicadas notas que la joven dibujaba en el aire al acariciar las cuerdas de la biwa, apenas pudo contener un suspiro.

—Jamás imaginé que mi padre hubiera elegido para mí una esposa que

supiera alimentar mi gusto por la belleza —susurró emocionado.

Sin dejar de tocar, Aya sonrió complacida. El espíritu de la peonía le había infundido el valor para poner a prueba a su futuro esposo, y había decidido que sí se casaría con él, pero no por cumplir con su obligación, sino porque le complacía.

En consecuencia, algunos días después, se celebró la boda. Tan pronto como terminó la ceremonia, la peonía fue encontrada en su jarrón, marchita y seca. Desde entonces, en la provincia de Omi, la gente habla de la princesa Peonía.



*La niña y los vientos
del invierno*

Bulgaria

La malvada Bruja del Invierno ansiaba ser la única reina sobre la Tierra y que todos los hombres, mujeres, animales y plantas fueran sus súbditos. Su ambición era tal que no estaba dispuesta a que nada ni nadie le impidiera satisfacer su deseo. Así que decidió detener la llegada de la primavera y, para asegurarse de ello, ocultó el sol tras gigantescas nubes oscuras como la noche y cubrió la tierra con tanta nieve que apenas se veían las copas de los árboles más altos.

Una mañana los aldeanos de Slen Bro, un pequeño pueblo de montaña, descubrieron asombrados que sus casas estaban enterradas bajo la nieve.

—No podemos abrir las ventanas —decían unos—. Hay tanta nieve fuera que están bloqueadas.

—No hay forma de abrir la puerta —decían otros—. ¿Cómo saldremos entonces?

Esperaron un día, dos días, tres días...

Todas las familias confiaban poder salir cuando el sol derritiera la nieve, pero los días seguían siendo grises y gélidos. Así que, pasado un tiempo, cavaron túneles hasta las casas vecinas y se reunieron en pequeños grupos para decidir qué hacer.

—Nadie puede vencer al invierno —dijo un labrador—. No puedo labrar la tierra para sembrar.

—Ni siquiera la primavera se atreve a venir a Slen Bro —se lamentó una costurera—, y ya no nos queda lana.

—La Bruja del Invierno es demasiado poderosa —dijo una segadora—. Necesitamos que nuestros cultivos crezcan.

—Alguien debería pedir ayuda al mago Frost —propuso una apicultora—. Si seguimos así nos quedaremos sin abejas.

Finalmente, decidieron que lo mejor era enviar a alguien a la cima de Musala, la montaña más alta de Bulgaria. Allí, en su palacio de hielo, vivía el mago Frost.

—Él nos ayudará —murmuraron varios aldeanos.

Pero nadie estaba dispuesto a emprender el viaje, pues era demasiado peligroso.

—Yo iría —intervino un hombre llamado Aleksandar—. Pero mis piernas apenas me sostienen, no llegaría ni a la falda de la montaña. Si fuera más joven...

Todos agradecieron su ofrecimiento y se mostraron de acuerdo con él.

Aunque tenía el valor, carecía de la fortaleza física necesaria.

La reunión se prolongaba, pero nadie rompía el silencio ofreciéndose como voluntario para la aventura. De pronto, se oyó una voz infantil.

—No te preocupes, abuelo, yo puedo hacerlo —dijo su nieta.

Boyka era huérfana y desde que sus padres murieron, su abuelo Aleksandar la había cuidado y querido como si fuera su hija.

El hombre miró a su nieta con lágrimas en los ojos.

—¡No, tú no! —exclamaron los vecinos—. ¡Eres demasiado joven y delicada para un viaje tan duro!

—¡Ni siquiera tienes ropa de abrigo! —dijo la costurera.

—¡Ni gorro ni bufanda! —observó el maestro—. ¡Ni guantes!

Pero Boyka no se dejó amedrentar.

—Mis pies son fuertes y soy tan rápida como una cabra montés —dijo—. No tengo miedo.

—¡Pero te congelarás allí, sin refugio para protegerte de las heladas! —insistió el deshollinador.

—Eso no ocurrirá —aseguró Boyka—. Tengo un corazón pequeño y cálido, lleno de amor para todos. Él me salvará de la escarcha.

Aleksandar dio un paso al frente para abrazar a su nieta.

—Ve, hija mía —le dijo—. Conozco tu buen corazón y confío en él.

Los niños de la aldea de Slen Bro le dieron su ropa más cálida:

—Toma, llévate mi abrigo —dijo Darina, su compañera de danza.

—Mis guantes te calentarán las manos —le ofreció Evgeni, su mejor amigo—. Póntelos.

—Toma mi gorro —dijo su vecino Chavdar.

—Esta es mi bufanda, llévatela —dijo Donka, la hija del granjero.

—Ponte mis calcetines de lana —dijo Emil mientras se los quitaba—. Mis pies son tan pequeños como los tuyos, cálzate con mis botas.

Cuando Boyka estuvo preparada para emprender el camino se despidió de su abuelo, de sus amigos y de los vecinos.

—Gracias a todos, volveré pronto.

Emprendió el viaje en dirección al Musala. Su ritmo era rápido, pero como no se sentía cansada no paró a reponer fuerzas, pues quería aprovechar la luz del día. Incluso comió y bebió mientras seguía avanzando. Así, cuando la tarde estaba a punto de dejar paso a la noche, pudo ver la brillante cima de hielo.

Boyka recurrió a las fuerzas que le quedaban, animada por lo cerca que estaba de la cumbre. Sus pasos se volvieron más fuertes, y, sin darse cuenta,

despertó a los vientos.

—¿Quién se atreve a invadir nuestra montaña? —rugieron al ver la pequeña figura de Boyka avanzando en la nieve.

—¡Enseñémosle quiénes somos! —ulularon.

—Giraremos tan rápido a su alrededor que no sabrá adónde se dirige —bramaron.

Los vientos rodearon a la joven Boyka y empezaron a girar ferozmente. Pero ella se acurrucó en su cálido abrigo y continuó su camino valientemente.

Cuando los vientos se cansaron, cayeron al suelo rendidos y sin aliento.

—¡Qué chica tan fuerte! —aulló uno de ellos—. Miradla. Nosotros estamos agotados y ella ni siquiera está cansada.

—Ningún ser humano ha sobrevivido a nuestra furia —rugió otro—. ¡Ella es solo una joven indefensa y delicada!

Al ver que no podían impedir que continuara, los vientos pidieron ayuda a sus hermanas, las ventiscas. Al escuchar sus lamentos se enfurecieron.

—¡Pagaré por ello! —chillaron y se lanzaron tras ella.

Fue una lucha larga y desigual, pero Boyka también superó a las ventiscas gracias a su valentía y fortaleza. En su corazón no había ninguna rendija por la que entrara el miedo o el cansancio.

Las ventiscas cayeron al suelo extenuadas. Estaban tan cansadas que apenas podían respirar.

—¡Qué vergüenza! —siseó un viento—. ¡No hemos sido capaces de detenerla!

—¡Pidamos ayuda a nuestra madre! —gritó una ventisca.

—¡Madre, madre! —aullaron—. ¡Ven a ayudarnos!

La Bruja del Invierno acudió de inmediato a la llamada.

—Lo he visto todo —dijo—. Escuchadme.

Los vientos y las ventiscas fijaron los ojos en su madre, atentos a sus palabras.

—Cuando no podáis derrotar a alguien por la fuerza, derrotadlo con engaños —bramó.

—¿Qué quieres decir? ¿Que le contemos cuentos? —preguntó irónicamente un viento.

—No seas tonto —respondió molesta la Bruja del Invierno—. Seremos educados y amables, para que no sospeche de nuestras intenciones.

En cuanto pronunció estas palabras, los vientos cesaron y las ventiscas se fueron.

La Bruja del Invierno apareció ante Boyka como una hermosa dama, con

un brillante vestido de escarcha, largos cabellos blancos hasta la cintura y una corona de diamantes.



—¿Estoy soñando o es un milagro? —balbució la niña.

La astuta bruja había adquirido la apariencia de la madre de Boyka. Imitó su dulce voz mientras le susurraba la canción de cuna que le había cantado cada noche durante algunos años.

La valiente joven pensó que esa hermosa dama tenía el rostro de su querida madre, incluso podía escuchar su dulce voz, como las noches en que se había dormido en sus brazos.

—¡Oh, sigue cantando, mamá! —suplicó.

Boyka se sentó sobre la nieve. Pensó que estaba muy cerca del palacio del mago, a solo una hora, así que llegaría a tiempo antes de que anocheciera completamente. Poco a poco cerró los ojos y la Bruja del Invierno sonrió satisfecha.

—Duerme, niña —dijo y una gélida sonrisa se dibujó en su rostro—. ¡Duerme para siempre!

La bruja se fue volando para contar a sus hijos cómo había logrado engañarla. Boyka se quedó dormida en una colina nevada del Musala, sonriendo. Pero el color de su piel empezó a cambiar. Sus mejillas rosadas se volvieron rojas, luego azules, luego amarillas cerosas... Se estaba congelando.

Hasta que, de pronto, algo se movió bajo la nieve. Se escuchó un suave chillido y una pequeña cabeza se abrió hueco entre los copos de la superficie. Era un ratoncito blanco. Sus brillantes ojos negros se fijaron en la joven, que seguía sentada sobre la nieve.

El animal supo enseguida que algo terrible le estaba sucediendo y comenzó a chillar pidiendo ayuda. En pocos minutos se abrieron en la nieve pequeños agujeros por los que asomaban las cabezas de los ratones que acudieron a la llamada.

Corrieron hacia la criatura y comenzaron a frotarse contra sus pies y sus manos. Había muchos ratones, pero eran tan pequeños que sus esfuerzos resultaron ineficaces y tuvieron que pedir ayuda a los conejos.

Esta vez se abrieron agujeros más grandes en la nieve y se asomaron varios conejos blancos, que corrieron al rescate en cuanto vieron lo que sucedía.

Varias ardillas saltaron desde las ramas de los abetos nevados. Entre todos lograron dar calor a Boyka: las pieles cálidas y peludas de los roedores, grises, marrones y blancas, devolvieron el color a la niña. Sus mejillas se tornaron rosadas otra vez y al cabo de unos minutos abrió los ojos.

Se sorprendió al verse sobre la nieve cubierta de ratones, conejos y ardillas, y les agradeció que le hubieran salvado la vida.

—Vengo caminando desde Slen Bro —les dijo—. Me dirijo a la cumbre del Musala, al palacio de hielo del mago Frost. La Bruja del Invierno no permite que llegue la primavera.

Los animales también sufrían a causa del interminable invierno y quisieron acompañarla. Cuando llegaron, llamaron a la puerta, pero nadie respondió. Los animales se miraron sin entender qué podría haberle pasado al mago Frost. Al intentar abrir la puerta se dieron cuenta de que no estaba cerrada. Con ayuda de Boyka pudieron empujarla y entrar.

Caminaron por un pasillo de hielo tan reluciente como un espejo y llegaron a un gran salón de cristal. En el centro, en un hermoso trono de hielo tallado, dormía el mago Frost, vestido con ricas ropas bordadas en plata.



Dos ardillas saltaron a su regazo y le hicieron cosquillas en la cara con sus colas peludas.

Un poderoso estornudo asustó a todos los animales. El mago Frost abrió sus ojos azules y sonrió:

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Boyka le explicó lo que la había llevado hasta allí. El mago Frost apenas podía creer lo que le contaba.

Finalmente, el mago comprendió que había estado durmiendo en el trono mientras la malvada Bruja del Invierno intentaba evitar que llegara la primavera.

—¿Ha estado actuando durante todo el invierno? —quiso saber Frost asombrado.

Boyka asintió, sin atreverse a articular palabra.

—Está bien —añadió el mago—. Supongo que ella decidió burlarse de mí y permanecer en la Tierra para siempre... ¡Pero no lo permitiré!

Frost agradeció a Boyka y a sus acompañantes que lo hubieran despertado.

—Debo restaurar el orden natural y dar a cada uno lo que se merece —dijo sobriamente el mago Frost.

En su rostro se dibujó un gesto de dureza, sopló su silbato de plata y, en un instante, sus ayudantes aparecieron en el gran salón de cristal.

—Buscad a la Bruja del Invierno y traedla al palacio —ordenó—.

Encerradla en el sótano hasta el próximo año.

Antes de que los sirvientes salieran del gran salón, el mago los miró uno a uno para infundirles valor y les dio una nueva orden.

—Despejad el cielo de nubes, para que el sol pueda derretir la nieve.

Ni siquiera necesitaron un día para cumplir las órdenes de Frost. En apenas unas horas, cuando las grandes puertas del palacio se volvieron a abrir, brillaban los rayos del sol y la nieve comenzaba a derretirse.

El camino de regreso a Slen Bro fue mucho más fácil. Boyka recordaría siempre la generosa amistad de los animales, que le prometieron ayudarla siempre que lo necesitara.

Cuando Boyka entró en el pueblo, ya apenas quedaba nieve en el campo ni en los caminos, y los árboles mostraban sus ramas desnudas bajo el sol. Todos recibieron con alegría y honores a la valiente Boyka.

—Sabía que podías conseguirlo —le dijo su abuelo Aleksandar fundiéndose en un cálido abrazo—. Siempre confié en ti.

Los amigos habían recogido las primeras gotas del deshielo para dárselas a su regreso. Su amiga Darina se las ofreció en un vaso de oro.

—Comprendiste lo que ninguno de nosotros supo ver —le dijo—: que solo el miedo puede helar el corazón.

La primavera, feliz al escuchar las canciones y ver los bailes que habían preparado para ella, bendijo Slen Bro con una lluvia de rosas.

*La hija del rey
de Nápoles*

Portugal

Desde que era pequeño, Danilo, príncipe de un lejano reino, soñaba con la princesa de Nápoles. Su madre, la reina Elizama, le contaba maravillosas historias sobre ella, una valiente princesa capaz de enfrentarse a cualquier enemigo y vencerlo con su inteligencia.

Pasaron los años y el príncipe, único heredero del reino, se convirtió en un hombre. Un día, su padre, el rey Helder, lo llamó para despachar con él un importante asunto de Estado.

—Hijo, eres el único heredero al trono —comenzó a decir adoptando un tono solemne—. Como futuro rey, ha llegado el momento de contraer matrimonio. Pronto abdicaré la corona en ti, no esperes más a buscar esposa.

—Lo sé, padre —respondió Danilo sin emoción.

Esa falta de interés no le pasó desapercibida a su padre.

—Entonces, si lo sabes, ¿por qué no lo has hecho aún? —quiso saber.

El príncipe respondió:

—Desde hace años sé a quién quiero por esposa. Es la hija del rey de Nápoles.

El rey Helder, ajeno a los cuentos que su esposa le contaba a su hijo en las noches de su infancia, se quedó muy sorprendido por la determinación del joven.

—No sabía que el rey de Nápoles tuviera una hija —comentó extrañado.

—Yo tampoco lo sé —reconoció Danilo.

Convencido de que su hijo quería burlarse de él y eludir su obligación como futuro rey, Helder carraspeó y dijo secamente:

—Antes de casarte con ella deberás averiguar si el rey de Nápoles tiene o no una hija.

—Es un buen consejo —aceptó el príncipe agradecido.

Nada más abandonar la sala del trono donde había despachado el asunto con su padre, el príncipe Danilo preguntó a todos los que conocía si el rey de Nápoles tenía una hija. Para su sorpresa, y no sin cierta decepción, no encontró a nadie que pudiera responder a su pregunta.

—Entonces tendrás que ir a Nápoles para averiguarlo —sugirió el rey, dispuesto a seguirle el juego a su hijo hasta las últimas consecuencias.

—Como digas, padre —aceptó Danilo sin contemplaciones.

—Es un largo viaje —comentó su padre intentando sembrar en su hijo el desánimo ante esa aventura—, pero si estás decidido a no casarte con nadie, excepto con la princesa de Nápoles, parece que no te queda más remedio que

ir allí.

Unos días después, el príncipe Danilo zarpó en un barco rumbo a la costa de Nápoles.



Fue un viaje difícil y tormentoso, pero al cabo de varias semanas llegaron al mar Tirreno y pronto avistaron Cosenza.

En el momento en que desembarcaron en el puerto, un grupo de mendigos se arremolinó a su alrededor pidiéndoles limosna. El príncipe Danilo repartió unas monedas entre ellos con generosidad y respeto.

—¿Sabéis si el rey de Nápoles tiene una hija? —preguntó a su alrededor.

La gente se miró entre sí, encogiéndose de hombros, pues nadie podía decir si su rey tenía una hija o no. Era costumbre en aquel reino que nada se supiera de la nobleza, así esperaba el rey proteger a su hija Lianor de príncipes que la pretendieran solo por su riqueza. Justo cuando Danilo y los marineros que lo acompañaban dieron media vuelta, se acercó una anciana.

—Una vez pasé cerca del palacio real y vi el rostro de una hermosa joven asomada a una ventana.

Danilo sacó una moneda de plata y se la ofreció a la mujer.

—Quizá era una princesa, la hija del rey de Nápoles —anunció—. Pero no estoy tan segura como para jurarlo.

—Entonces ve y averígualo —le pidió el príncipe—. Te recompensaré generosamente.

La anciana se apresuró a ir al palacio real y vio el mismo rostro en la ventana, tan hermoso y noble como la primera vez.

—Bella dama —exclamó desde el jardín, confiando en que esta la oyera—, deseo hablar con vos.

Ese día, la princesa Lianor se sentía tan aburrida que decidió distraerse con la conversación de la anciana, así que abrió la cristalera que daba al balcón y salió.

—¿Qué deseas, buena mujer? —saludó.

—¿Eres la hija del magnánimo rey de Nápoles? —preguntó la anciana—. ¿La princesa de nuestro poderoso reino?

—Yo soy —respondió la joven.

—¿Deseáis que algún día os traiga las preciosas telas que vendo? —preguntó la anciana desde el jardín—. Son de tierras lejanas.

A la princesa le gustaba conocer nuevos objetos exóticos, traídos de reinos lejanos. Moviada por la curiosidad, asignó una hora para que al día siguiente la vendedora pudiera mostrarle su mercancía.

La anciana se despidió cortésmente y se apresuró a regresar junto al príncipe que esperaba impaciente.

—Ahora sí —confirmó la anciana—, puedo aseguraros que el rey de Nápoles tiene una hija.

Agradecido por la información, y dichoso por la noticia, el príncipe Danilo obsequió generosamente a la anciana con una bolsa de oro.

—Hice algo más por vos —añadió la mujer sopesando la bolsa—. Concerté una cita para ver de nuevo a la princesa.

Danilo sintió que su corazón latía con más fuerza. Escuchó atento las palabras de la anciana.

—Me espera mañana, a las cuatro de la tarde —siguió ella—. Iré a mostrarle preciosas telas de tierras lejanas.

—¡Bien hecho, buena mujer! —agradeció exultante el príncipe.

De nuevo, abrió su bolsa y puso unas monedas en la mano de la anciana.

—Déjame ir en tu lugar —pidió.

La anciana aceptó gustosamente, pues esa había sido su intención desde el principio.

Al día siguiente, el príncipe cambió sus ropas por otras para parecer un vendedor ambulante. Se puso un sayo de armiño y, a la hora indicada, se hallaba en el jardín del palacio, bajo el balcón que la anciana le había descrito.

—Alteza, un vendedor ambulante con telas exóticas pide veros —anunció

un mayordomo a la princesa—. Asegura que tiene una cita con la princesa.

—Así es —respondió esta—. Que pase.

Después de estas palabras, el mayordomo salió al encuentro de Danilo, sin saber quién era en realidad, y lo condujo ante la presencia de la hija del rey de Nápoles.

La princesa Lianor disimuló su sorpresa al ver que era un joven, y no la anciana, quien se presentaba ante ella. Reparó en la nobleza de su semblante y en la finura de sus rasgos, aunque enseguida llevó la atención a las ricas telas de magníficos colores, delicados encajes y exquisitos bordados.

—Qué sedas más finas —observó la princesa sosteniendo entre sus manos una tela tan brillante como el reflejo de la luna.

Lianor escogió varias telas de seda y terciopelo mientras preguntaba cuántas monedas pedía el mercader por ellas.

Sin embargo, no estaba en las intenciones de Danilo cobrar por aquella mercancía, sino concertar una nueva cita con la princesa de Nápoles.

—Si su Alteza Real está satisfecha con estas —dijo—, tengo muchas más que puedo traer mañana.

—De acuerdo —aceptó la princesa—. Ven a la misma hora y muéstramelas.

Al día siguiente, el príncipe se vistió de nuevo como vendedor ambulante, pero en esta ocasión bajo el sayo llevaba su rica ropa principesca bordada en oro. Cuando fue anunciado en el palacio real, dejó a un lado el disfraz de mercader y esperó a que la princesa llegase a la estancia donde él aguardaba.

En cuanto Lianor lo vio entendió que se trataba de un verdadero príncipe. Su traje de terciopelo carmesí y las joyas que lucía así lo indicaban. Se quedó tan sorprendida que las preguntas se atropellaban buscando una respuesta.

—¿Quién eres? —quiso saber—. ¡Desde luego, no pareces el mercader que vino ayer!

El príncipe buscó los ojos de la princesa y Lianor lo reconoció. No le hizo falta ver el sayo de armiño que el príncipe había enrollado dentro de un saco.

Danilo le habló con sinceridad sobre lo que le había llevado hasta allí. Lianor escuchó atentamente.

—Así que aquí estoy —concluyó Danilo—, ante la mujer que desde que era niño entró en mi corazón gracias a los cuentos de mi infancia. Desde entonces sueño con encontrarlos.

La princesa, conmovida, manifestó su admiración por la paciencia y diligencia que había mostrado hasta confirmar que, efectivamente, el rey de Nápoles tenía una hija y esta no era otra sino ella misma.

—Me he mantenido lejos de los asuntos palaciegos para evitar a príncipes presuntuosos y engreídos —añadió Lianor—, sin saber que con ello retrasaba el momento de conocer al hombre más humilde y noble que ha pisado Nápoles.

Danilo debía regresar a su reino, pues llevaba ya demasiado tiempo ausente. Pero antes de despedirse expresó el deseo que lo había llevado hasta allí y pidió a Lianor que se casara con él.

—Sí —respondió ella de inmediato.

Sin embargo, la princesa no quería pasar por el tortuoso protocolo de la realeza, pues solo retrasaría su nueva vida juntos. Por ello planearon que la noche siguiente Lianor dejaría el palacio a escondidas y se reuniría con Danilo en su barco.

Aquella idea le parecía muy romántica a la hija del rey de Nápoles, pues toda su vida había estado sometida a la estrecha vigilancia de sus damas de compañía. Ni siquiera había soñado que le sucedería algo así. Le parecía maravilloso emprender semejante aventura con el hombre que había elegido por esposo.

Cuando llegó la noche acordada, el príncipe esperó sobre su caballo al pie de la escalera por donde la princesa descendería. Sin embargo, Lianor no lograba zafarse de sus sirvientas, por lo que se retrasaba. Al cabo de varias horas de espera, el cansancio y el sueño vencieron a Danilo, que se quedó dormido sobre el caballo.

En la oscuridad de la noche, negra como boca de lobo, un ladrón planeaba robar en las caballerizas de palacio. Al encontrar el caballo de Danilo sin vigilancia, pues con la luna nueva nada se veía, pensó que el príncipe era un fardo sobre el animal. Lo bajó al suelo con cuidado de no hacer ruido y se subió sobre la silla.

Sin embargo, al sujetar las riendas vio algo que lo dejó inmóvil en el sitio: la joven más hermosa que jamás imaginó. Ignoraba el ladrón que era Lianor, la princesa del castillo, hija del rey de Nápoles, quien se acercaba a él.

—Estoy lista, amado —susurró ella al jinete en cuanto se acercó al caballo.

El ladrón no dudó siquiera un instante. La ayudó a montar y, a horcajadas detrás de él, se alejaron del castillo.

Cabalgaron sin hablar durante parte de la noche, hasta que Lianor rompió el silencio para preguntar al príncipe dónde se hallaba su embarcación.

—¿Dónde está tu barco? —preguntó.

El ladrón había observado que la joven a quien había secuestrado era

educada y amable, por lo que no dudó en darle el mejor trato. Dedujo también que si la bella dama buscaba un barco debería hacerse con uno, y qué otra forma sino robándolo.

Dejó a la hija del rey de Nápoles en la orilla mientras iba a robar alguna embarcación, por pequeña que fuera. Cuando regresó, la luz de la lumbre, que calentaba a la princesa, arrojó extrañas luces y sombras sobre su rostro, impidiendo que Lianor lo viera bien. Tan solo pensó que la oscuridad de la luna nueva lo mostraba distinto a como lo recordaba.

«Solo lo he visto dos veces», se dijo a sí misma en un esfuerzo por no perder la calma. «La noche y los nervios de la aventura me impiden ver ahora lo que tan claramente vi ayer».

—Aquí está mi barco —dijo el ladrón al momento.

La princesa desterró sus pensamientos y embarcaron juntos. Sin embargo, poco antes del amanecer, con los primeros destellos de luz, la princesa comprobó que el hombre con quien navegaba no se parecía en nada al príncipe Danilo.

—¿Ha descubierto ya mi señora con quién se encuentra? —preguntó el ladrón al percatarse que había sido desenmascarado.

—Pensé que viajaba con el hombre que he elegido por esposo —respondió ella retadora al descubrir el engaño.

Lianor sabía que nada alimentaría más la sed de venganza del raptor que verla indefensa y temerosa, así que se tragó las lágrimas.

Lejos de allí, en los jardines de palacio, el príncipe despertaba. Se alarmó al verse en el suelo y no sobre su caballo. Miró a su alrededor, rodeó el palacio, buscó entre los setos y los árboles...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mientras iba de un lado a otro.

Supuso que al quedarse dormido se había caído del caballo y que este se había alejado. No le satisfacía completamente esa explicación, pues le resultaba extraño que la caída no le hubiera despertado, pero estaba pendiente de un asunto mucho más importante.

—En cuanto me reúna con la princesa veremos cómo llegar a nuestro barco —susurró.

Pasaron las horas y no vio a nadie. Esperó hasta que, con los primeros rayos del alba, agotada su paciencia y temiendo ser descubierto, se marchó. Desolado, Danilo regresó a su barco. Estaba convencido de que Lianor, arrepentida, había roto su promesa de huir con él.

—Al menos ahora sé que el rey de Nápoles tiene una hija —dijo el príncipe mientras zarpaba—, y sé que es aún más maravillosa de lo que imaginaba en mis recuerdos de infancia.

Rumbo al oeste, el príncipe reflexionó sobre lo ocurrido y encontró acertada la decisión de su prometida de no querer una vida fugitiva.

Regresó a su reino, decidido a confesar la verdad a su padre.

—Le diré que comience los acuerdos de matrimonio con el rey de Nápoles para concertar nuestra boda.

Durante la larga travesía, Danilo reconoció las ventajas del matrimonio elegido por su prometida. Nunca imaginó que la princesa había cumplido su promesa de huir con él furtivamente y que se hallaba en peligro.

Mientras tanto, cuando su captor no la veía, la hija del rey de Nápoles lloraba de rabia e impotencia, pues nada podía hacer para recuperar su libertad.

—Pensé que eras una joven obediente y sumisa —protestó el ladrón—. Pero veo que eres rebelde. Te alimento y duermes en el único camastro de este barco. No quiero ocuparme de una doncella desagradecida.

Lianor se enfrentó una vez más al ladrón, haciéndole ver que su rebeldía no iba a ser pasajera. El ladrón, harto de soportar sus desplantes, decidió que la abandonaría en el primer puerto en el que atracasen.

Pocos días después llegaron a la costa del reino de Junqueira y la dejó allí. La princesa vagó por el lugar sin ver una sola alma, nada más que las aguas del Atlántico, el cielo y las rocas de los acantilados.

Poco antes de que anoheciera, divisó a lo lejos una cabaña y se dirigió hacia allí. Al acercarse, observando sin ser vista, supo que en ella vivía un humilde pescador con su esposa e hija. Era tarde ya, sus ricas ropas ahora no eran más que jirones y su blanca piel estaba tan sucia que resultaba difícil reconocer si era hombre o mujer. Lianor pensó que no sería prudente aparecer así ante unos desconocidos. Buscó un lugar protegido cerca de la cabaña e intentó dormir.

Unas horas después, en el silencio de la noche, la familia de pescadores oyó un grito.

—Alguien tiene problemas afuera, madre —dijo Bonajunta, que se despertó sobresaltada.

—Tal vez se trate de piratas —respondió Assunção—. Gritan para que salgamos de la cabaña y nos quedemos al descubierto, desprotegidos.

—No, madre —insistió la hija—. Estoy segura de que era el grito de una

mujer.

La pescadora recordó a Bonajunta que los barcos piratas a menudo atracaban en su costa.

—Serán piratas que quieren robarnos —repitió Assunção.

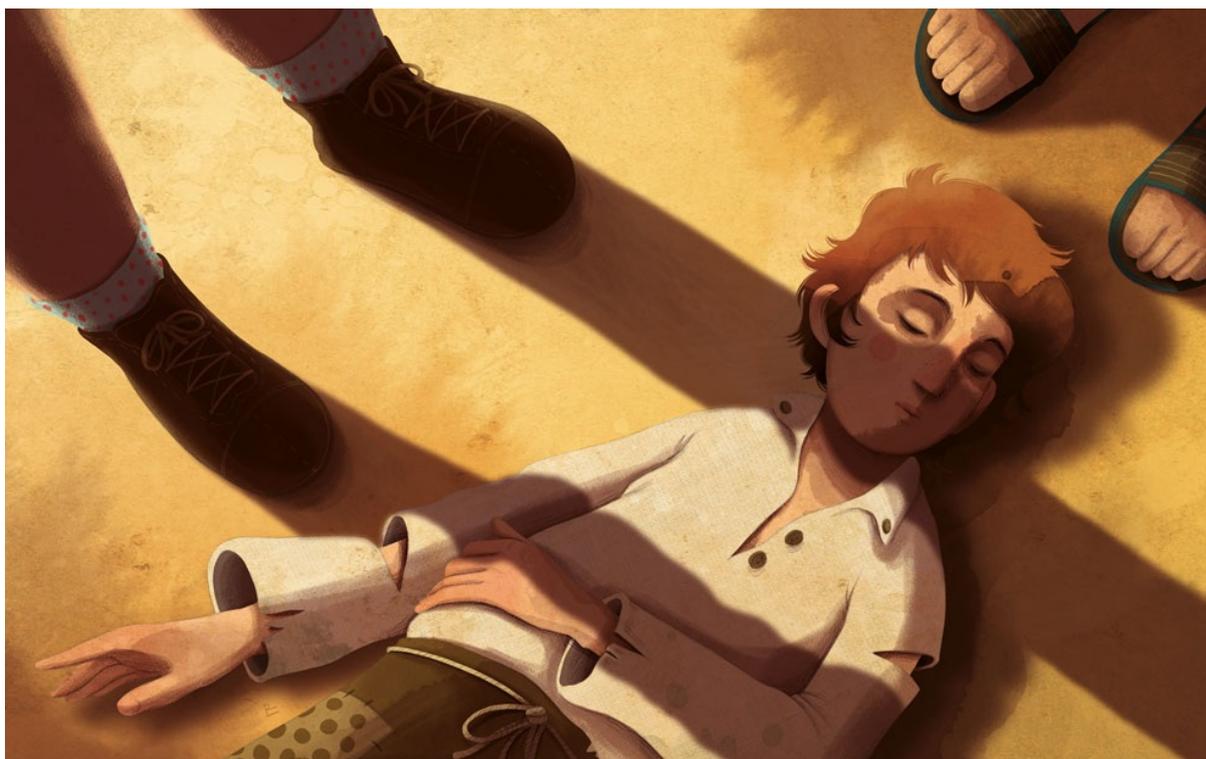
—O será una joven que huye de ellos y pide ayuda —dijo la hija.

Finalmente decidieron abrir la puerta y se deslizaron en la oscuridad. Los gritos habían cesado, pero aguzando el oído escucharon sollozos y los siguieron.

Un lobo había intentado atacar a Lianor. Ella, sin más arma que sus gritos, se había enfrentado al animal para ahuyentarlo. Había conseguido que este desistiera de su intención, y ahora la princesa sollozaba para aliviar el miedo que había superado.

Cuando Bonajunta y Assunção la encontraron, acurrucada entre unas rocas, la ayudaron cariñosamente a ponerse en pie y la llevaron a la cabaña.

La hija del pescador ofreció a Lianor ropa para que se deshiciera de sus andrajos, le prestó su lecho y la dejaron descansar. A partir de entonces, en cuanto la princesa se despertó al día siguiente, sin que nadie sospechara de su linaje, vivió con la familia de pescadores como si fuera una hija más. Entre todos llevaban a cabo las labores de pesca y del campo, y la princesa estaba demasiado ocupada para lamentarse de su infortunio. Solo algunas noches, cuando los demás dormían, lloraba al pensar en su amor perdido, en su padre, el rey de Nápoles, en su palacio real... Cuando al fin recuperaba el sosiego agradecía haber encontrado un nuevo hogar después de perder el suyo.



No lejos de allí, en las peligrosas aguas del Atlántico, el barco del príncipe zozobraba en medio de una gran tormenta, luchando en vano contra la furiosa tempestad. El barco naufragó y Danilo logró llegar a la costa de Junqueira, flotando sobre un tronco que encontró a la deriva.

Al amainar la tormenta, Bonajunta y Lianor fueron hasta la playa, pensando que la marea podría llevar hasta allí restos de naufragios. Cuál fue la sorpresa del príncipe al verlas. Pero había corrido demasiados peligros y estaba exhausto, por lo que no reconoció a su prometida. La miró fijamente y dijo con voz débil y temblorosa:

—Me recuerdas a alguien —susurró—. Dime tu nombre, te lo ruego.

Lianor miró su vestimenta, llevaba la humilde ropa que tan generosamente le había regalado Bonajunta. Al imaginar su aspecto se sonrojó, pues ella sí había reconocido al príncipe enseguida.

—Soy la hija del rey de Nápoles —dijo, recordando la historia que su amado le había contado sobre los cuentos de su infancia.

Bonajunta la miró con asombro. No podía creer que esa joven que consideraba una hermana fuera hija de un rey. Pero recordó los jirones de seda de su harapiento vestido, las cultas palabras que empleaba, la delicadeza de sus maneras y se dio cuenta de que solo una princesa podía actuar así.

—Y aun así, eres fuerte, tienes coraje, no temes a nada y cada día

agradeces la humildad en la que vives —dijo Bonajunta a Lianor.

Danilo no conocía a nadie más que se ajustara tan bien a esa descripción. No había duda de que era la hija del rey de Nápoles.

—Sí —dijo recuperando la esperanza—, tú eres mi princesa.

Katie Woodencloak

Noruega

En el reino noruego de Fylki, el rey Daven buscaba una nueva esposa. Se había quedado viudo y deseaba que su hija tuviera una madre que cuidara de ella. En el fondo de su corazón quizá también albergase el deseo de aliviar su soledad.

Katie, que así se llamaba la princesa, era de inusual belleza y bondad. En toda Noruega no había una princesa más inteligente y hermosa.

Llegaron vientos de guerra desde el país vecino y el rey Daven debía partir con su ejército hacia la frontera. Preocupado por el desamparo en que quedaría su hija, pensó que sería aconsejable casarse antes de partir. En pocos días se celebró la boda real con la condesa Gunilda, que tenía una hija, Erika, de la misma edad que la princesa Katie.

El rey Daven partió al frente sin conocer la maldad que anidaba en los corazones de su nueva esposa y de su hijastra. Gunilda y Erika eran envidiosas, ruines y despiadadas. En cuanto estuvieron solas, ni siquiera se molestaron en ocultar sus intenciones.

Comenzaron por racionar el alimento a la princesa, tan drásticamente que Katie apenas se alimentaba de nada más que de mendrugos. Además, la obligaron a dormir en el establo para que atendiera a los animales, con la esperanza de que allí cayera enferma y acabara muriendo olvidada por todos. Pero quiso la fortuna que entre el ganado hubiera un buey, un magnífico ejemplar único en todo el reino. No permitía que nadie se acercara a él, pero en pocos días Katie le acariciaba el pescuezo y le palmeaba el lomo con cariño.

Un día, la princesa cepillaba al buey entre suspiros tan hondos que escucharlos helaba el corazón.

—Lloras porque la reina te está matando de hambre —dijo el buey—. No te preocupes, tira de la punta del mantel que hay en mi oído izquierdo. Cada vez que lo extiendas tendrás toda la comida que quieras.

La princesa se sentía tan débil que pensó estar oyendo su propia voz y no la del animal. Sin embargo, al cepillar cerca de la oreja izquierda del buey vio una tela. Extrañada, estiró de ella y la extendió sobre el suelo. Cuál no sería su sorpresa al ver las viandas que acostumbraba a comer cuando su padre estaba con ella. Katie comió de todos los platos que allí había. Sació su hambre y su sed, pues también había jarras con agua pura y cristalina, y otras con leche fresca.

Pasaron los días y las semanas y la princesa seguía condenada a la soledad del establo, rodeada únicamente por las bestias que ella misma cuidaba. Katie cepillaba al buey, tiraba de la esquina del mantel de su oreja izquierda y comía los abundantes manjares que aparecían. La reina Gunilda se dio cuenta de que su hijastra ya no estaba tan flaca y débil. Al contrario, el color había vuelto a sus mejillas pese a estar siempre en el establo, y aunque apenas le daba de comer, había recuperado el brío y la alegría de antaño.



—Vigila a mi hijastra —ordenó la reina a una sirvienta.

La sirvienta obedeció y pasó largas horas observando a la princesa a través de una ranura del establo. Como no veía nada extraño la siguió al bosque un día que la joven fue a buscar leña. Allí fue donde al fin vio lo que la reina deseaba saber.

—La princesa saca una tela de la oreja del buey, la extiende y aparecen hermosos platos repletos de manjares.

Al descubrir el secreto que mantenía viva a su hijastra, Gunilda planeó su venganza. Pero no pudo llevarla a cabo, pues en ese momento sonaron los tambores de piel de reno y los cuernos de cabra que anunciaban el victorioso regreso del rey Daven.

En todo el reino nadie se alegró más que la princesa por el retorno de su padre. La reina Gunilda se encerró en sus aposentos fingiendo estar enferma. Cuando el rey, preocupado, mandó al médico a que la visitara, Gunilda puso

en marcha su nuevo plan.

—Di al rey que solo viviré si como carne de buey —ordenó al médico sobornándolo con una gran suma de dinero.

Cuando el rey Daven conoció el remedio para su esposa sintió un gran pesar, pues a su regreso supo del vínculo tan especial que su hija tenía con ese animal. Pero la vida de su esposa pendía de un hilo y renunciar a brindarle un remedio era más cruel que despojar a su hija de aquella relación. Apenado por su decisión, habló con Katie para informarle del sacrificio del buey que con tantas atenciones cuidaba.

—Pero, padre, no puedes ordenar semejante crueldad —rogó Katie—. Debe de haber otro remedio para sanar a la reina. Es el único buey que existe en todo nuestro reino.

Ciertamente a nadie le gustó la decisión del monarca, pero si era la única forma de que la reina recuperara la salud, el buey sería sacrificado.

La joven corrió al establo y abrazó al animal entre lágrimas.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó el buey.

Katie le habló del regreso de su padre y de la enfermedad de su madrastra. Pero no hizo falta decirle que debía ser sacrificado para que la reina se salvara, pues él ya lo sabía.

—Debemos irnos, si me matan pronto morirás tú también —dijo el buey—. Partiremos esta noche.

—Debo elegir entre quedarme con mi padre y morir o vivir lejos de él —resumió la princesa tristemente.

Esa noche, mientras todos dormían, partieron furtivamente. Solo así se libró el buey de una muerte segura, pues a la luz del alba los soldados fueron al establo para sacrificarlo.

—La princesa también se ha ido —informaron a la reina.

El rey Daven envió mensajeros por todo el reino, pero no pudieron encontrarlos. El buey y la joven caminaron sin descanso hasta sentirse a salvo. Un día llegaron a un gran bosque donde toda la naturaleza, los árboles, las ramas, las hojas, las flores... eran de cobre. Se dispusieron a entrar, pero antes el buey habló con Katie.

—En este bosque mora un trol con tres cabezas —la advirtió—. No arranques ninguna hoja. Si lo haces, todo acabará para ambos.

—No temas —respondió ella con valentía—. Iré con cuidado.

Efectivamente, la princesa caminó con precaución. Se inclinaba apartando las ramas suavemente a un lado con las manos. Pero hubo un momento en que no pudo evitar arrancar una hoja sin querer.

—Nada podrá salvarnos ahora —se lamentó el buey—. Debemos luchar, pero no dejes de proteger la hoja.

Pronto apareció un trol con tres cabezas.

—¿Quién se atreve a tocar mi hoja de cobre? —rugió.

—Ahora es tan mía como tuya —respondió el buey.

Esa respuesta enfureció al trol, que se lanzó contra el animal tratando de embestirlo. Pelearon, se patearon, se dieron coces y cornadas..., pero el trol atacaba y se defendía muy bien. Al final del día el buey venció, pues era más fuerte que su enemigo. Sin embargo, tenía tantas heridas y estaba tan agotado que apenas podía caminar.

—Nos quedaremos aquí hasta que te recuperes —dijo Katie.

El animal pidió a la hija del rey que le quitara al trol el cuerno que colgaba de su cinturón.

—Dentro hay un ungüento —balbució dolorido—, cógelo y aplícalo sobre mis heridas.

En cuanto terminó de hacerlo, el animal se recuperó. Así que al día siguiente reanudaron su camino.

Viajaron durante muchos días hasta que llegaron a un bosque donde los árboles, las flores y todo en la naturaleza era de plata. Antes de adentrarse en él, el buey advirtió a Katie.

—Ten mucho cuidado —le pidió—. No toques nada ni arranques una brizna de hierba. Si lo haces todo acabará para ti y para mí, porque aquí vive un trol con seis cabezas.

—No temas —respondió Katie—. No tocaré nada.

Cuando el camino entre los árboles era tan estrecho que apenas podían avanzar, Katie se inclinó cuanto pudo para que las ramas no la golpearan, pero aun así no pudo evitar arrancar una hoja para que no le arañara la cara.

—Solo queda luchar por la vida o morir —se lamentó el buey—, porque este trol de seis cabezas es el doble de fuerte que el anterior.

Katie miró al animal infundiéndole ánimo para que se enfrentara valientemente en la lucha.

—Pase lo que pase —siguió el buey—, mantén la hoja a salvo y no la pierdas.

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras apareció el temible trol.

—¿Quién se atreve a tocar mi hoja de plata? —rugió.

—Ahora es tan mía como tuya —respondió el buey.

—Eso lo veremos —aulló el trol mientras corría hacia el animal.

Pero el buey no se amilanó y lo embistió con sus cuernos. Lucharon

durante tres días, hasta que el trol finalmente fue vencido. Sin embargo, el buey resultó tan herido y estaba tan débil que Katie temió por su vida.

El buey le rogó que curara sus heridas con el mismo ungüento que la vez anterior. Gracias a eso, al cabo de una semana recuperó fuerzas para continuar.

—Puedo caminar y así no cargarás mi peso sobre tu lomo —se ofreció Katie, pero el buey se negó.

Viajaron durante mucho tiempo, sin que la hija del rey supiera el destino. Al cabo de tres lunas llegaron a un bosque de oro. Era inmenso y tan brillante como los rayos del sol. De las ramas de los árboles caía polvo dorado, y toda la naturaleza era de oro puro. Sucedió lo mismo que había ocurrido en el bosque de plata y en el bosque de cobre.

—Ten mucho cuidado —le pidió—. No toques nada, ni arranques una brizna de hierba. Si lo haces todo acabará para ti y para mí, porque aquí vive un trol con nueve cabezas.

—No temas —respondió Katie—. No tocaré nada.

Pero cuando se adentraron en el bosque, las ramas, los arbustos y las plantas la arañaron y la golpearon de tal manera que la princesa decidió caminar con los ojos cerrados para protegerlos. Pronto perdió el equilibrio y no vio a qué se aferraba. Sin saber cómo sucedió tenía una manzana dorada en la mano.

En ese momento apareció el trol de nueve cabezas.

—¿Quién se atreve a tocar mi manzana de oro? —rugió.

—Ahora es tan mía como tuya —respondió el buey.

—Eso lo veremos —aulló el trol mientras corría hacia el animal.

Se lanzaron el uno contra el otro y lucharon valientemente. La pelea duró nueve días y nueve noches, pues con cada amanecer el buey lograba arrancar una cabeza al trol. Cuando el monstruo murió al noveno día, el buey cayó al suelo exhausto. Apenas pudo balbucear unas palabras:

—Aplica sobre mis heridas el ungüento que colgaba del cinturón del trol.

Katie obedeció con lágrimas en los ojos, temiendo que esta vez el remedio no fuera suficiente. Pronto observó que poco a poco el buey recobraba la fuerza, aunque en esta ocasión necesitó tres semanas antes de poder continuar.

Cuando el buey se recuperó del todo se pusieron en marcha. Cruzaron altas colinas y pedregosas montañas. En un lugar en que el buey consideró que ya estaban cerca de su destino pidió a la princesa que oteara a lo lejos y le

informara de lo que veía.

—Hay un pequeño castillo a lo lejos —contestó la princesa.

Se dirigieron hacia él y cuando estuvieron cerca el buey le pidió a Katie que entrara en la pocilga que había en los sótanos. Allí encontraría un manto hecho con listones de madera.

—Póntelo, sube al castillo, di tu nombre, Katie Woodencloak, y pide cobijo.

La princesa asintió obediente, parecía una misión sencilla. Sin embargo, el buey continuó:

—Antes de irte, corta mi cabeza con tu navaja —explicó—. Después debes desollarme, enrollar la piel y colocarla bajo esa roca.

Katie se llevó las manos al rostro, alarmada. ¡Jamás haría eso! Pero el buey continuó:

—Debajo de la piel debes colocar la hoja de cobre, la hoja de plata y la manzana dorada. En la roca hay un palo —continuó—, cuando quieras algo, golpéala con él.

Aunque Katie se negó una y otra vez, al final accedió, pues el buey le aseguró que solo si hacía lo que le pedía su alma descansaría en paz. Aquella era la única forma de agradecerle que le hubiera salvado la vida cuatro veces.

Cuando la joven cumplió el deseo del buey se dirigió al castillo, se puso la capa de madera que encontró en la pocilga y entró en el palacio.

—Me llamo Katie Woodencloak —se presentó ante la cocinera—, busco cobijo.

Pese a su duro trabajo, Edda era una mujer sensible, capaz de ponerse en la piel de los más necesitados. Quizá por eso, o porque la joven le recordó a ella misma cuando en su juventud buscaba un lugar donde vivir, quiso ayudarla y aceptó que se quedara a cambio de que trabajara. De ese modo Katie se quedó en el castillo. El primer domingo pidió permiso para llenar de agua la bañera del príncipe, pero todos se rieron de ella.

—¿Qué crees que vas a lograr si te ve el príncipe? —se burló la cocinera—. Ocultas tu fealdad bajo una capa de madera y te cubre la mugre de la pocilga.

Pero Katie insistió y rogó tanto que al final accedieron, pensando que así podrían reírse de ella. Cuando la joven subió las escaleras, su capa de madera hizo tal estruendo que el príncipe salió a su encuentro, malhumorado:

—¿Quién eres? —preguntó él con repugnancia.

—Una criada que trae agua para el baño de su alteza —contestó Katie.

—¿Crees que alguien como tú puede entrar en mis aposentos? —se burló

el príncipe, y tiró el agua que ella llevaba.

Katie había pasado tantas penurias que soportó ese desprecio sin inmutarse. Al domingo siguiente pidió permiso para acudir a la iglesia. Pero, antes de llegar, fue a la roca y golpeó con el palo, tal como el buey le había dicho. Al momento apareció un duende.

—¿Cuál es tu voluntad? —preguntó él.

—No tengo ropa para acudir a la iglesia —contestó la princesa.

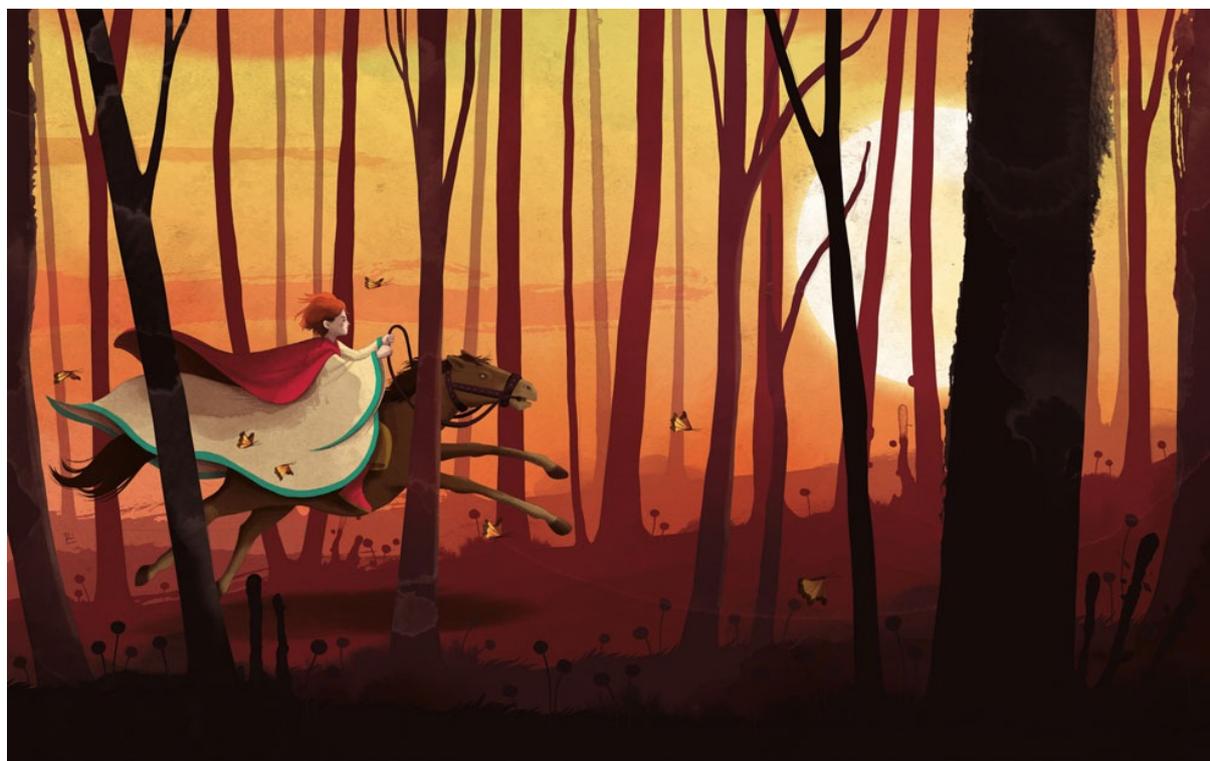
El duende le regaló un precioso kirtle, un vestido tan brillante como el cobre, también le dio un caballo de piel castaña y una silla de montar con labrados cobrizos. Así llegó a la iglesia, tan hermosa y elegante que todos se preguntaban quién era. Incluso el príncipe, más atento a observarla que a escuchar la homilía, estuvo siempre pendiente de ella.

Al acabar la ceremonia, el príncipe se apresuró a salir de la iglesia para acercarse a ella al cruzar la puerta. Katie le saludó con la cortesía de una princesa y montó en su caballo.

—¿De dónde sois? —le preguntó él.

—Oh, soy de Flåm —mintió ella, para luego añadir misteriosamente—: brillante ahora y oscura ayer.

Después la princesa espoleó suavemente al caballo y se alejó al galope, pues no quería que el príncipe pudiera seguirla y descubrir dónde la llevaba su corcel. Con las prisas no se dio cuenta de que se le había caído un guante.



El príncipe lo recogió y pensó que nunca había visto una prenda como esa. Recorrió el lugar y a todos preguntaba si conocían la tierra de donde la misteriosa dama procedía. Pero nadie había oído hablar siquiera de Bath.

El domingo siguiente, mientras el príncipe estaba bañándose, pidió una toalla.

—¿Puedo llevársela yo? —preguntó Katie.

—¿Para qué quieres ir? —se burlaron—. Ya viste cómo te trató la última vez.

Pero Katie insistió tanto que finalmente se lo permitieron.

Subió corriendo las escaleras, de modo que su capa de madera causó un gran estrépito. Salió el príncipe, y cuando vio que era la sucia y harapienta sirvienta, le arrancó la toalla de la mano y se la tiró a la cara.

—¿Otra vez tú? —gritó enfadado—. ¿Crees que usaría una toalla tocada por tus sucias manos?

Unas horas después, el príncipe acudió a la iglesia. Katie también pidió permiso para ir. De nuevo se acercó a la roca y golpeó con el palo. Esta vez, cuando apareció el duende, le regaló un kirtle bordado en plata, con encajes que brillaban como la luz de la luna. También le proporcionó un caballo blanco con una silla plateada.

Cuando la hija del rey llegó a la iglesia, la gente aún no había entrado a escuchar al sacerdote. Se preguntaron quién podría ser esa joven tan hermosa. En cuanto llegó, el príncipe se acercó a ella para ayudarla a desmontar.

—No es necesario —dijo Katie bajando sola del caballo—. Soy una hábil amazona.

Durante la ceremonia el sacerdote no logró captar la atención de los feligreses, pues todos se preguntaban quién sería la joven vestida de plata.

El príncipe tampoco escuchaba la homilía, pues se había quedado prendado del carácter que vislumbraba en la misteriosa doncella.

Cuando el sermón terminó y Katie salió de la iglesia, el príncipe se acercó a ella y, antes de que montara en su caballo, le preguntó nuevamente de dónde era.

—Oh, soy de Towelland —mintió, y al intentar tocar el lomo del caballo con la fusta, esta cayó al suelo.

Solícito, el príncipe se agachó para recogerla, pero la princesa le dijo que no era necesario.

—Brillante ahora y oscura ayer —susurró la princesa.

Después cabalgó hasta asegurarse de que el príncipe no la seguía, para que no pudiera ver dónde la llevaba su corcel. Durante el resto de la semana el

príncipe preguntó por la tierra de Towelland a todo el que encontraba. Pero nadie había oído hablar de ese lugar.

El tercer domingo el príncipe pidió un peine. Katie solicitó permiso para llevarlo ella misma, y los demás volvieron a recordarle el mal trato que aquel le había dado anteriormente. Pero insistió tanto que al final la dejaron subir hasta los aposentos de su alteza con el peine.

En cuanto oyó ruido en las escaleras salió y, al ver quién era, le quitó el peine y le ordenó que se alejara inmediatamente. Después fue a la iglesia, y Katie pidió permiso para ir también. Esta vez sucedió lo mismo que los dos domingos anteriores. Katie se dirigió a la roca, golpeó con el palo y pidió al duende un kirtle. Este era mucho más rico y hermoso que los anteriores. Era de oro puro: el corcel era dorado, con un paño bordado en oro sobre la silla del precioso metal.

Cuando la hija del rey llegó a la iglesia, el sacerdote y todos los fieles la esperaban. El príncipe ya estaba allí y se ofreció a sujetar las bridas de su caballo.

—No es necesario, gracias —respondió Katie—. He adiestrado tan bien a mi caballo que me obedece en todo cuanto le digo.

Cuando comenzó la misa y el sacerdote subió al púlpito, nadie escuchó su sermón. Los fieles estaban demasiado pendientes de la joven, pues era enorme su curiosidad por descubrir de quién se trataba. El príncipe solo tenía ojos y oídos para ella. De pronto, comenzó un fuego y los feligreses gritaron asustados. A Katie no le asustaron las llamas, simplemente saltó sobre ellas y salió ilesa, pero no se dio cuenta de que en el salto se le cayó uno de sus zapatos dorados. Todos ayudaron a apagar el fuego y, extinguidas sus llamas, Katie montó a lomos de su caballo. El príncipe, impresionado por su valentía, se apresuró a acercarse y le preguntó de dónde era.

—Soy de Combland —mintió.

Cuando el príncipe le devolvió el zapato de oro, Kate no lo cogió y dijo:

—Brillante ahora y oscura ayer.

Después cabalgó tan rápido como el viento para que el príncipe no descubriera dónde la llevaba su corcel.

Dispuesto a encontrarla, el príncipe preguntó a todo aquel que encontraba si conocía la tierra de Combland. Como, una vez más, nadie supo decirle ni siquiera dónde estaba, ordenó a sus mensajeros que comunicaran un bando real.

—Anunciad que me casaré con la joven cuyo pie pueda calzar este zapato de oro —comunicó el príncipe.

Llegaron doncellas de todas partes dispuestas a probarse el zapato. Pero ninguna tenía un pie tan pequeño. También se presentaron la malvada reina Gunilda y su hija Erika, que se probó el zapato. Había tenido el pie en agua helada durante dos días y dos noches, hasta que se encogió tanto que pudo superar la prueba calzando el zapato de oro.

Erika era caprichosa y grosera, aun así era la mitad de desagradable que su madre, la reina. Pero el príncipe había dado su palabra y estaba resignado a cumplirla. Prepararon la ceremonia de boda y, mientras caminaban por el sendero nupcial hacia la iglesia, un pajarito cantó: «Sobresale un poco el talón. Y también el dedo del pie. El zapatito de Katie Woodencloak está lleno de sangre. Eso es todo lo que sé».

Extrañados por el cántico, miraron el zapato dorado bajo el vestido de novia. ¡El pájaro decía la verdad! El pie de Erika, que había recuperado su verdadero tamaño, estaba lleno de heridas. El príncipe, aliviado al verse libre del desafortunado enlace, pidió que las sirvientas de palacio se probaran el zapato.

—Son las únicas doncellas que quedan por intentarlo —dijo.

Pero ni siquiera entre ellas había una a la que le valiera.

—¿Dónde está la mugrienta sirvienta? —preguntó el príncipe.

Se oyeron palabras de desaliento.

—Es horrible —dijeron unos.

—Es sucia y viste harapos —decían otros.

—Estoy de acuerdo —interrumpió el príncipe—. Pero como todas las demás lo han intentado, ella también debería hacerlo.

Las demás sirvientas llamaron a Katie, que llegó con su capa de madera.

—¡Pruébate el zapato y sé una princesa! —se burlaron las demás.

Ignorando las risas y el desprecio, Katie tomó el zapato, metió el pie suavemente y se quitó la capa de madera. En su regazo llevaba un guante, la fusta y el otro zapato de oro.

—Brillante ahora y oscura ayer —dijo Katie.

Todos se quedaron boquiabiertos, excepto el príncipe, que hincó una rodilla en el suelo y le habló con toda la humildad que pudo reunir su corazón:

—Katie Woodencloak, perdona mi egoísmo y mi orgullo —rogó—. Mis ojos no han sabido ver más allá del exterior. Si me das otra oportunidad, aprenderé de tu bondad, de tu valor y de tu constancia.

—¿Me amas ahora que me ves brillante y no ayer que me veías oscura?
—replicó Katie, desvelando al fin el significado de la frase que en tres ocasiones le repitió.

La princesa había descubierto que no necesitaba a nadie como él. Recordó al buey y su generosidad al entregarle su vida. Recordó el valor que le infundió en cada una de las batallas que libró. Y, entonces entendió que ella misma tenía la fuerza y la nobleza del animal. Katie montó en su caballo y regresó a su reino, dispuesta a gobernar con sabiduría.

Justa, Morena y Temblor

Irlanda

En la Irlanda gaélica, hace miles de años, Aedh Cúruca reinaba en las tierras de Tyrconell. Tenía tres hijas tan idénticas que a menudo se confundían unas con otras. La primogénita se llamaba Justa, la segunda hija se llamaba Morena y la más pequeña, Temblor. Aunque era difícil distinguirlas por su aspecto, el carácter de cada una de ellas era muy diferente. Las mayores eran caprichosas, impacientes y holgazanas, mientras que la hermana pequeña era tranquila, constante y estudiosa.

El acontecimiento más importante para Justa y Morena era acudir a la iglesia los domingos, pues era la ocasión en que podían ser vistas por los príncipes que buscaban esposa. Sin embargo, Temblor prefería quedarse en la biblioteca del castillo, inmersa en los versos que narraban las gestas de los valientes guerreros. Sus hermanas se alegraban de que se encerrase entre aburridos libros, pues tenían celos de ella. Y es que, aunque parecían trillizas, temían que Temblor las eclipsara con su gentileza y amena conversación, y espantara a sus pretendientes.

Poco después de morir su padre, un día Temblor anunció que le gustaría acudir a misa algún domingo, pero sus hermanas, que se habían acostumbrado a ir solas al templo, respondieron indignadas:

—Si has sido tan egoísta que no has ido nunca a la iglesia para estar con tus estúpidos libros, no creas que ahora vas a ir por un capricho pasajero —contestó Justa.

Temblor prefirió regresar a sus poemas antes que enfrentarse a sus hermanas, pues le había prometido a su padre mantener la armonía en el castillo y no quería faltar a su palabra.

Transcurrieron siete años en los que cada domingo Justa y Morena se vestían con sus mejores galas para acudir a la iglesia. Siete años en los que Temblor se fue resignando a estar sola y aislada. Las hermanas, aprovechando que se habían quedado huérfanas, recluyeron a Temblor en la cocina para que guisase y trabajase como si fuera una sirvienta.

Un domingo por la mañana, después de que sus hermanas se dirigieran a la iglesia, una anciana entró en la cocina del castillo.

—¿Me podéis dar agua y pan para seguir mi camino? —pidió al ver a Temblor.

—¿Quién sois? —preguntó ella mientras le servía una jarra de agua y le ofrecía una hogaza de pan.

—Tan solo una anciana agradecida —respondió—. Mi nombre es Maud.

Temblor sintió compasión por la anciana y le ofreció un lugar donde descansar siempre que lo necesitase.

—¿Por qué estás aquí encerrada? —preguntó la mujer—. ¿No deberías estar en la iglesia?

—No puedo ir —se lamentó Temblor—. Mis hermanas no quieren que vaya y, como no salgo del castillo, no tengo un vestido adecuado.

La anciana, que dominaba el arte de la magia, le preguntó cómo le gustaría que fuese ese vestido.

—Oh, siempre he soñado que sería blanco como la nieve —respondió Temblor emocionada—. Y, en vez de ir descalza como ahora, llevaría unos zapatos verdes.

Maud se ocultó bajo un manto oscuro como la noche, cortó un pedazo del viejo vestido que llevaba la princesa y pronunció estas palabras:

—Trae el vestido más blanco y hermoso que encuentres. Trae unos zapatos verdes.

En ese momento entre las manos de Temblor apareció un vestido blanco y unos zapatos del color que había deseado. Después de vestirse, cuando estuvo lista, la anciana le dijo:

—Lleva este pajarito sobre tu hombro derecho, su trino es dulce como la miel.

En la puerta del castillo esperaba una yegua blanca como la nieve, ricamente ensillada y con bridas doradas. Temblor subió a lomos del hermoso ejemplar y se sentó en la silla de oro. Miró a la anciana con intención de agradecerle lo que había hecho por ella, pero justo en ese momento esta le advirtió:

—No entres en la iglesia por la puerta principal.

—No lo haré —respondió Temblor.

—En cuanto acabe la misa, regresa tan rápido como la yegua te traiga —concluyó la anciana.

Así actuó la princesa: entró en la iglesia por una pequeña puerta lateral, de modo que, aunque la vieron, nadie pudo vislumbrar quién era. En cuanto el sacerdote concluyó la misa, Temblor salió del lugar santo, saltó a lomos de su yegua y se alejó al galope. Cuando llegó al castillo vio que la anciana tenía la cena lista. La joven se quitó el precioso vestido blanco, se descalzó y volvió a ponerse sus viejas ropas.

Cuando las dos hermanas volvieron al castillo las oyó comentar sobre lo

ocurrido.

—¿Quién será esa dama tan elegante? —preguntó Justa.

—Nunca habíamos visto telas tan finas y ricamente bordadas —replicó Morena.

—A pesar de que éramos las más hermosas en la iglesia, nadie se fijó en nosotras —se lamentó Justa—. Esa dama atraía todas las miradas.

—¡Incluso llevaba un precioso pajarito sobre su hombro! —exclamó Morena.

Las hermanas sabían que no podrían conseguir la prestancia de la misteriosa joven, pero no descansarían hasta tener un vestido como el suyo. Cuando llegó el domingo las princesas fueron a la iglesia y dejaron a Temblor en la cocina del castillo.

En cuanto estuvo a solas, de nuevo entró la anciana.

—¿Irás hoy a la iglesia? —quiso saber esta.

—Iría si pudiera —respondió la joven, mirando tristemente su viejo vestido.

—¿Qué eliges para hoy? —preguntó Maud.

Temblor no ocultó el brillo en sus ojos.

—El satén negro más fino que se pueda encontrar en toda Irlanda y zapatos rojos para mis pies —suspiró Temblor.

—¿De qué color quieres que sea la yegua?

La joven cerró los ojos para imaginarla mejor.

—Negra y brillante.

Después de oír esto la anciana se ocultó bajo un manto oscuro como la noche. Pidió entre susurros las prendas y la yegua, que aparecieron al instante. Cuando Temblor estuvo lista, la anciana puso el pájaro en su hombro derecho. La silla de la yegua, así como las bridas, eran plateadas. Antes de que Temblor se marchara, Maud le recordó que debía volver tan rápido como la última vez.

Al verla entrar en la iglesia, hombres y mujeres se asombraron más aún que el domingo anterior. Las hermanas volvieron a cuchichear:

—No habrá joven que piense en nosotras —lamentó Morena—. Esa dama atrae todas las miradas.

—Ni príncipes ni campesinos nos han mirado hoy —añadió Justa.

Ordenaron a los sirvientes que recorrieran las tierras de Tyrconell y no descansarían hasta encontrar un satén como el que la dama llevaba puesto.

Cuando llegó el tercer domingo, Justa y Morena fueron a la iglesia con ricos vestidos de satén negro. Como siempre, dejaron a Temblor en el castillo.

En cuanto se quedó sola, la joven fue a la cocina, donde encontró a la anciana.

—¿Irás a la iglesia hoy?

—Iría si tuviera un vestido nuevo que ponerme —respondió Temblor.

—Te conseguiré el que pidas —aseguró Maud—. ¿Qué te gustaría llevar esta vez?

Temblor respondió enseguida.

—Un vestido cuya falda sea roja como las rosas y el corpiño blanco como la nieve, una capa verde como los bosques y un sombrero con plumas rojas, blancas y verdes.



La anciana escuchaba con detalle la descripción de Temblor sobre su tercer vestido.

—Quiero unos zapatos con la puntera roja, las palas blancas y el talón verde.

Maud se ocultó bajo su manto oscuro como la noche, susurró todas estas cosas y aparecieron al instante. Cuando Temblor estuvo vestida, la anciana puso el pájaro en su hombro derecho y colocó el sombrero en su cabeza. Cortó un mechón de la maraña de pelo que cubría el rostro de la joven y sobre su espalda cayó una hermosa cabellera dorada.

—Dime, ¿qué yegua cabalgarás hoy?

—Una yegua blanca, con manchas azules y doradas en forma de diamante en todo su cuerpo, sobre su lomo una silla de oro, y en mis manos una brida

dorada.

La yegua, tal y como ella la había descrito, estaba esperándola delante de la puerta del castillo. El pájaro posado en su hombro voló hasta la testa de la yegua para colocarse entre sus orejas. En cuanto inició el trote, el pájaro empezó a cantar, sin dejar su trino hasta que llegaron a la iglesia.

Esta vez, al acabar la misa, Temblor no pudo regresar tan rápido, pues el pájaro que estaba sobre su hombro fue volando hasta un joven y revoloteó sobre él. Era el príncipe Eiden, hijo del rey de Omanyá. Estaba enamorado de Temblor desde el primer día que la vio, y desde entonces había intentado sin éxito que la misteriosa dama se fijara en él.

—Parece que agrado a tu pájaro —dijo Eiden intentando conversar.

Al oír sus palabras, ella se fijó en el joven y pensó que estaba en lo cierto. El pájaro que la había acompañado los domingos anteriores nunca antes había alzado el vuelo, así que algo bueno y noble debía de haber en él para atraerlo de tal modo.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Eiden.

Temblor reunió la fuerza de los héroes de los poemas épicos que leía, la honestidad de la anciana que tanto la había ayudado, el valor de los soldados en el campo de batalla y, con el coraje de su padre, rey de las tierras de Tyrconell, respondió sin ocultar su identidad:

—Soy Temblor, hija de Aedh Cúruca.

Después picó a su yegua y se alejó cabalgando tan rápido que llegó a tiempo al castillo, como si no se hubiera entretenido.

Al entrar en la cocina vio que la anciana tenía la cena preparada, pero algo le había quitado el apetito.

—Hay una semilla en tu corazón —dijo Maud al ver la risueña expresión de la joven.

Temblor sonrió como hacía tiempo que no sonreía, era una sonrisa que brotaba de su interior, pues se había enamorado del joven sobre el que había revoloteado el pajarillo. Eiden también soñaba con enamorar a la dama y desposarla. Pero no era el único que pretendía su mano, pues todos los jóvenes que buscaban esposa deseaban lo mismo.

El siguiente domingo Temblor no pidió a la anciana que la vistiera, quería mostrarse tal como era, sin engalanamientos. Durante toda la misa nadie

reparó en ella, pues todos estaban pendientes de ver a la misteriosa dama. Solo Eiden la reconoció cuando sus miradas se cruzaron. Esta vez, mientras el sacerdote leía las Sagradas Escrituras, ella luchaba por contener los latidos de su corazón.

Al acabar la misa, el príncipe de Omany se adelantó a Temblor para evitar que una vez más se fuera antes de lo esperado. Y delante de todos le preguntó si ella lo aceptaba como esposo.

Antes de que la joven pudiera responder, Justa y Morena intervinieron. No sabían cómo su hermana había logrado engalanarse como una dama, pero debían impedir que el príncipe Eiden se casara con ella.

—¡Ella no es la misteriosa dama! —gritó Justa—. ¡Es la cocinera de nuestro castillo!

—¡No puede casarse con un príncipe! —gritó después Morena.

Temblor miró a sus hermanas y esta vez encontró fuerzas para luchar por ella misma. Amaba a Eiden y deseaba casarse con él costara lo que costara.

—Espérame aquí —le pidió.

Regresó al castillo, rogó a la anciana Maud que la vistiera de blanco y le diera los zapatos rojos del primer domingo. Después ensilló a la yegua blanca y cabalgó hasta la iglesia.

—Es la dama que vimos en la iglesia —murmuraron las mujeres al verla ante la envidiosa mirada de Justa y Morena.

Temblor hizo lo mismo dos veces más, de modo que todas afirmaron que efectivamente ella era la dama con la que deseaba casarse el hijo del rey de Omany.

Entonces los príncipes comenzaron a protestar. Ellos también querían pedir la mano de la doncella.

—Tendrás que luchar por ella —dijo el heredero del reino de Lochlin desenvainando su espada.

A él le siguieron otros más, dispuestos a enfrentarse al príncipe Eiden para pedir la mano de Temblor.

Se estableció un feroz combate entre el hijo del rey de Omany, Eiden, y el hijo del rey de Lochlin. Fue una lucha terrible que duró nueve horas, al cabo de las cuales el hijo del rey de Lochlin arrojó su espada al suelo y abandonó el lugar.

Los demás príncipes acordaron continuar al día siguiente. Al alba, el hijo del rey de Nyerfó luchó contra Eiden durante ocho horas antes de retirarse. El joven príncipe de Omany luchó cuatro días más para defender su derecho a desposarse con Temblor. En el quinto día ya no hubo más príncipes

extranjeros y los príncipes de Irlanda se negaron a luchar contra uno de los suyos.

—Eiden, hijo del rey de Omania —dijo Temblor—, ¿olvidaste que acepté de buen grado ser tu esposa?

El joven la miró sin comprender.

—¿Acaso no he actuado como me correspondía? —preguntó él.

—Lo hiciste al preguntarme cuál era mi deseo —respondió Temblor—, no al defender lo que mi voluntad ya había dicho.

Eiden comprendió que había elegido una esposa singular, capaz de cuestionar las tradiciones centenarias y elegir su propio destino. Eso le hizo tremendamente feliz.

Los jóvenes se desposaron y cuando terminó la boda, el heredero llevó a su esposa al castillo. Un tiempo después nació su primer hijo.

Temblor había dispuesto que fuera su hermana mayor, Justa, quien cuidara de ella durante la cuarentena. Un día, mientras su esposo estaba de cacería, las dos hermanas salieron a pasear por los acantilados, pues Justa deseaba sentir la brisa del mar. Aunque no era esta su verdadera razón, ya que en realidad lo que quería era llevar a cabo su malvado plan. En el momento que vio oportuno, empujó a su hermana, y Temblor cayó al embravecido mar de Irlanda. Esta luchó contra las olas pidiendo auxilio, hasta que de pronto emergió de entre las aguas una enorme ballena y Temblor desapareció entre sus fauces.



Justa esperó hasta asegurarse de que la ballena se había tragado a su hermana, y cuando estuvo convencida de que todo había salido bien, regresó al castillo. Cuando el príncipe Eiden volvió de la cacería la encontró con su hijo en brazos haciéndose pasar por Temblor.

—¿Dónde está tu hermana? —le preguntó.

—Justa regresó junto a mi otra hermana, Morena —respondió ella.

Aunque aparentemente era Temblor quien hablaba, Eiden tuvo un extraño presentimiento.

—Ya he pasado la cuarentena —añadió Justa—. Gracias a sus cuidados me he recuperado y no la necesito.

—Está bien —repuso Eiden—, espero que no sea Temblor la que se haya ido.

Justa soltó una carcajada para disipar las dudas de su cuñado y luego añadió:

—No temas. Quien se ha ido es mi hermana Justa.

Pero las hermanas eran tan extraordinariamente parecidas que el príncipe se sentía confundido. Esa noche, antes de dormir, puso su espada entre los dos.

—Si eres mi esposa, la espada se calentará —explicó—; si no lo eres, se mantendrá fría.

A la mañana siguiente la espada estaba tan fría como la noche anterior. Eiden vio confirmado su presentimiento y preguntó a todos los sirvientes del castillo, pero nadie pudo decirle nada.

La ballena que se había tragado a Temblor la llevó hasta la orilla, donde la depositó. Hasta allí había llegado un pastorcillo corriendo tan rápido como le permitieron sus piernas, que había visto cómo Justa empujaba al mar a su hermana y cómo la ballena la devolvía a la orilla.

Temblor habló con el niño, que se llamaba Cormac, y le rogó que la ayudara.

—Cuando regreses esta noche a los establos, cuéntale al príncipe lo que has visto. Que mi hermana me arrojó al mar, que me tragó una ballena y que esta me devolvió a la arena. La ballena volverá a tragarme con la próxima marea y me dejará de nuevo en la orilla con la pleamar, así tres veces más. No puedo escapar, pues estoy aquí atada por el invisible hilo de un encantamiento. Solo quedaré libre si mi esposo el príncipe Eiden me salva antes de que la ballena me trague por cuarta vez. Si eso ocurre estaré perdida.

El pastor preguntó a Temblor cómo podría el príncipe liberarla del encantamiento.

—Debe disparar a la ballena con una flecha de plata bajo su aleta dorsal, donde tiene una mancha roja. Ese es su único punto vulnerable.

Pero cuando Cormac llegó al castillo, Justa le dio a beber un brebaje del olvido. Por ello el pequeño no le contó nada al príncipe, pese a las preguntas que este continuaba haciendo a la servidumbre. Al día siguiente el pequeño pastor regresó a la playa, donde volvió a ver a la ballena depositando a Temblor en la orilla.

—¿Le diste mi mensaje al príncipe? —preguntó Temblor.

El pequeño Cormac movió la cabeza de derecha a izquierda. Temblor dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

—¿Cómo pudiste olvidarte?

—Justa me dio una bebida y no pude recordar para qué había ido al castillo —explicó el pastor.

—Está bien —contestó Temblor, comprendiendo lo que había ocurrido—. Díselo hoy, y si mi hermana te ofrece algo para beber, no lo aceptes.

Cormac corrió al castillo para darle el mensaje al príncipe y de nuevo Justa le ofreció una bebida. Pero el pequeño sentía tanto temor hacia ella que no se detuvo y siguió corriendo hasta encontrar a Eiden.

Al día siguiente, Eiden apareció en la playa con su arco y una flecha de plata. No pasó mucho tiempo hasta que llegó la ballena y depositó a Temblor en la orilla, como en las dos mareas anteriores. Ella intentó hablar, pero el encantamiento la había enmudecido para que su esposo no la oyera.

Antes de sumergirse de nuevo en el mar, la ballena mostró una mancha marrón rojiza bajo la aleta. En ese instante el príncipe tensó su arco y disparó la flecha de plata. Dio justo en el centro de su punto vulnerable y la ballena tiñó de sangre el agua.

En ese momento, el encantamiento desapareció, Temblor recuperó la voz y pudo contarle todo lo sucedido a su esposo. Regresaron al castillo y Eiden no perdió un segundo en advertir a su padre, el rey, de la maldad de Justa, por lo que fue desterrada en medio del mar, con provisiones para siete años.

Eiden y Temblor enviaron al pequeño Cormac a la escuela y lo educaron como si fuera su hijo. Con el tiempo Temblor tuvo una niña. Pasaron los años y la pequeña princesa y Cormac se casaron. Eiden y Temblor tuvieron catorce hijos y vivieron felices hasta el final de sus vidas.

La joven sin piernas

Somalia

El sultán Abdelahi tenía una única hija de nombre Malika. Cada noche, cuando se reunían en el centro del pago, bajo las estrellas, su padre le enseñaba el Corán.

Abdelahi era el bokor, el jefe del clan Darod. Para el buen desempeño de sus funciones y poder llegar a buenas negociaciones con otros clanes, el sultán contaba con el consejo de Alá. Temeroso de su furia y devoto de su sabiduría, decidió realizar una peregrinación para seguir en el camino de la iluminación.

En aquel entonces Malika tenía quince años, la edad propicia para ser entregada en matrimonio. Pero su padre decidió que su hija continuara formándose en el Corán para desposarla a su regreso.

—Asad, antes de iniciar mi peregrinación deseo confiarte mi más preciado tesoro —le dijo al imán—. Durante mi ausencia deberás continuar enseñando el Corán a mi hija Malika.

El imán aceptó, sabiendo que tenía la confianza del bokor, pues en toda Somalia ningún jefe del clan hubiera abandonado así a una hija casadera.

—Ve sin cuidado y honra a Alá con tu peregrinaje —contestó Asad—. Tu hija estará segura.

Dicho esto, Abdelahi se despidió de Malika, sin saber que la dejaba en manos del hombre más lujurioso e inmoral de Somalia.

Pasaron los días. Como todas las mujeres, Malika cocinaba y montaba y desmontaba la casa cada vez que los hombres del clan decidían cambiar de lugar en su trashumancia. Aborrecía las noches en que Asad iba a buscarla a su lecho, pues detestaba al imán.

Malika tan solo deseaba seguir las instrucciones de su padre y formarse en el Corán mientras esperaba su regreso. Pero al cabo de un tiempo entendió que eso sería imposible, pues el imán ni siquiera abría el libro sagrado; tan solo la acosaba, al principio por las noches, después también durante el día. Malika decidió poner fin a aquella situación que no hacía más que empeorar.

—Ven a mí mañana —dijo un día al imán.

Así consiguió dormir esa noche y descansar, pues necesitaba reunir fuerzas para ejecutar su plan. Cuando llegó la noche del día siguiente, Malika sacó de la casa la escalera por la que Asad solía ascender para molestarla. Después huyó del pago, dejando atrás los setos de espinos y los cercados de ramas que protegían el campamento.

Cuando llegó a un lugar seguro, lo suficientemente alejado como para

poder descansar, redactó una carta y la ató al cuello de una cabra que había llevado consigo. El mensaje decía así: «Tu hija es una deshonra».

Después pidió a la cabra que volviera al pago y entregase la carta a su padre a su regreso.

Efectivamente, cuando el bokor del clan regresó, vio que en lugar de su hija salía a recibirlo una cabra. Esto enojó muchísimo a Abdelahi, pues Malika no estaba cumpliendo con la obligación que las hijas tienen de honrar a sus padres. Pero cuando el sultán desenrolló el pergamino que le ofreció la cabra y lo leyó montó en cólera.

Se enfadó tantísimo que entregó la carta a unos guardias y les ordenó que salieran inmediatamente en busca de su hija.

—Cuando la encontréis, cortadle la garganta y dadle sepultura —rugió sin piedad.

Los guardias obedecieron de inmediato. Estaban acostumbrados a caminar largas distancias por las secas y ardientes tierras del Cuerno de África, así que siguieron las huellas que había dejado la hija del bokor y pronto dieron con ella.

Malika pensó que los hombres iban a su encuentro para informarle de que su padre ya había regresado al pago. Cuando se reunió con ellos, estos la saludaron con frialdad.

—Tu padre, el sultán Abdelahi del clan Darod, nos ha ordenado ir en tu busca —le dijeron.

—Pues ahora que me habéis encontrado podemos regresar —respondió Malika.

Los guardias rodearon a la joven y emprendieron el camino. Pero Malika observó que el sendero que tomaban era diferente al que llevaba al campamento.

—No estamos desandando el camino que anduve —advirtió la joven, extrañada.

—Antes pasaremos por unos riscos donde hay un pozo —contestó uno de los guardias.

Dejaron atrás los raquíticos arbustos espinosos y las acacias, y continuaron caminando hacia la ladera del monte Shimbiris para adentrarse entre las rocosas y escarpadas laderas llenas de arbustos, en torno al manantial natural. Una vez allí, un guardia sujetó a Malika mientras los demás le cortaban las piernas.



—Cavemos allí su tumba —dijo uno de ellos.

Los guardias comenzaron a limpiar el suelo de pedruscos para poder abrir un agujero en la tierra, y Malika aprovechó el momento para escapar arrastrándose. Cuando los hombres aún no habían cavado ni medio metro, ella ya se había escondido tras unas rocas.

—Hemos terminado —anunció uno de los guardias al cabo de un rato—. Tú, trae a la joven.

Pero ninguno de ellos pudo encontrarla. Malika había acallado sus gritos de dolor mordiendo una rama y se había enrollado sus ropas alrededor de las sangrientas heridas. Después comió las hojas de las plantas que evitaban la fiebre y le proporcionaban fuerzas para continuar.



—¿Cómo creará el bokor que hemos cumplido lo que nos ha ordenado?
—preguntó un guardia.

—Si no probamos que su hija está muerta, nos matará a nosotros —añadió otro.

Los guardias decidieron sacrificar a una cabra.

Después vertieron su sangre en una vasija de barro y la llevaron ante Abdelahi.

—Hemos cumplido tus órdenes —aseguraron—. Aquí tienes la sangre de Malika.

El sultán lloró por la muerte de su única hija y rezó a Alá para pedir por su alma. Se sintió en paz, pues, aunque Malika lo había deshonrado a él y al clan, había pagado por ello con su vida.

Un día después, una caravana de trashumantes pasó cerca de la ladera del monte Shimbiris.

—Levantaremos aquí el campamento —dijo un hombre alto y delgado, vestido con una túnica.

—De acuerdo, Ghedi —contestaron los demás.

Un grupo de mujeres comenzó a montar en círculo las cabañas junto a la sombra de unos eucaliptos y caobas. Con el revuelo de levantar el campamento nadie advirtió que más allá de los matorrales de espinos había una joven herida. Era Malika.

Por la tarde, antes de que desapareciera el sol tras la línea del horizonte, unos niños que jugaban junto a las euforbias vieron a Malika sentada debajo de un árbol de incienso.

—¡Papá, papá! —gritó uno de ellos pidiendo ayuda.

El hombre alto y delgado, Ghedi, caminó hacia su hijo con paso ligero, como si apenas pisara el terreno.

—¿Qué ocurre, Abdikarim? —preguntó cuando estuvo cerca de él.

El pequeño señaló hacia un árbol, Ghedi siguió la línea imaginaria que su hijo dibujaba en el aire y sus ojos se encontraron con Malika. Corrió hacia ella, asustado. La joven yacía moribunda sobre la tierra. Levantó la cabeza con sus últimas fuerzas. Lloró por su pérdida y también por haber sido encontrada.

El hombre pidió ayuda a otros que se habían arremolinado alrededor de ellos y subieron a la joven a lomos de un dromedario.

—La llevaré a Xariirad —anunció a todos—, allí podrán curarla y cuidar de ella.

Unas horas más tarde llegaron hasta Xariirad. Había anochecido cuando

Ghedi entró en la casa de la curandera. Abatwa era una mujer hermosa, delgada y alta como un junco. Conocía los secretos medicinales del olíbano y los peligros del qat. Nadie sino ella podía ayudarla.

—Déjala aquí —pidió Abatwa a Ghedi—. A partir de ahora me ocuparé yo de ella.

La curandera hirvió agua, limpió las heridas y movió el aire para que refrescara la ardiente frente de Malika. Esta estuvo inconsciente toda la noche y el día siguiente y varias noches más con sus días. Al cabo de una semana la joven sin piernas abrió los ojos y sonrió al ver el rostro amable de Abatwa.

—Vuelves a estar entre nosotros —susurró la curandera—. Me alegro de tu vuelta.

Malika supo entonces que no había tenido un mal sueño, porque la mujer olía a mirra y su dulce aroma le trajo recuerdos de su padre leyendo el Corán. Quiso llorar al verse sin piernas, pero no salían lágrimas de sus ojos.

Con el paso de los días, Abatwa enseñó a Malika a valerse por sí misma. Sus brazos se volvieron fuertes como ramas de árboles. Le gustaba pasar las tardes observando cómo la curandera preparaba ungüentos, mezclaba resinas o atendía a los enfermos que acudían a ella.

Un día el hijo de un sultán llegó a Xariirad. Su nombre era Dalmar, hijo del bokor Kibwe, jefe del clan Hawiye. Procedían de la región central de Somalia y recorrían un largo camino buscando pasto para su ganado.

Dalmar era un joven espiritual cuya fe en el Todopoderoso sería capaz de mover montañas. Al entrar en la casa de Abatwa pidiendo una cura para su dromedario, vio el rostro de Malika. La belleza de sus ojos lo atrapó de la única forma que atrapa el amor, haciendo que se sintiera libre.

El hijo del bokor pensó que Malika era huérfana y que no tenía esposo, pues no vivía en casa de ningún hombre, como mandaba la tradición somalí, sino con la curandera. Así que pidió a su padre permiso para solicitar la mano de la joven, pero el sultán, tras haberla visto, le advirtió:

—No será buena esposa la que no tiene piernas.

—Quiero casarme con ella —contestó Dalmar con firmeza.

Tantas veces repitió su deseo el hijo del sultán que este acabó por acceder a su petición.

A Malika le gustó Dalmar desde el primer momento en que lo vio curando la pezuña herida de su camello. Por eso, y porque vio en sus ojos la bondad que guardaba en su corazón, aceptó ser su esposa.

Pasó el tiempo y nació su primer hijo, una niña a la que llamaron Jasira, audaz y con coraje. Esas eran las cualidades que deseaba para que su hija se

abriera camino en el sinuoso desierto de la vida. Pese a faltarle las piernas, Malika cuidaba de ella como lo haría cualquier madre. Pronto llegó un segundo hijo, y antes de que este naciera, su esposo le anunció que deseaba emprender una peregrinación.

—Este carnero te alimentará a ti y a nuestra hija durante mi ausencia —le aseguró antes de irse.

Pasaron varias lunas y nació su segundo hijo, un niño al que llamó Daren, nacido por la noche, porque así fue como llegó al mundo. En una ocasión, tras amamantarlo, Malika tuvo un sueño. En él dos pájaros se posaban sobre sus piernas y después también ella emprendía la peregrinación.

Por la mañana, al amanecer, vio a los dos pájaros sentados sobre sus piernas. Las miró una y otra vez, sin atreverse a apartar la vista por miedo a que desaparecieran. Cuando los ojos empezaron a escocerle pestañeó un segundo, pero sus piernas seguían allí, en una prolongación natural de su cuerpo. Malika se tocó las extremidades, las pellizcó, las arañó y las golpeó suavemente.

—No es un sueño —murmuró.

Cuando el sol estaba en lo alto preparó a Jasira y a Daren; después rodeó su cintura con un cordel que ató al carnero, llamó a los dos pájaros para que se posaran sobre sus hombros y emprendió la peregrinación.



Cuando Malika y sus hijos necesitaron descansar encontró una casa en

mitad del camino.

—Pasaremos aquí la noche —susurró a sus pequeños.

Cuando entró en la casa vio que en ella estaban su padre, el imán y su esposo. Pero ninguno de ellos la reconoció, pues no esperaban que una mujer con dos hijos, un carnero y dos pájaros fuera la princesa.

Para dormir, Malika les contó una historia a Jasira y a Daren. Trataba sobre una joven que amaba a su padre y aprendía el Corán. También de un imán que intentó abusar de ella mientras su padre peregrinaba. Aunque sus hijos se quedaron dormidos al arrullo de su voz, ella siguió narrando la historia de su vida, pues sabía que su padre y el sacerdote estaban escuchando.

El imán no quiso permanecer más tiempo en la casa, no soportaba oír el relato de sus actos y lo que estos habían causado en la vida de la joven. Se incorporó para levantarse, pero el sultán se lo impidió.

—Siéntate hasta que la historia haya terminado —le ordenó.

Cuando Malika terminó su relato el padre comprendió la crueldad de su reacción y la maldad del imán. Lleno de rabia, dominado por el ansia de devolver algo de justicia a la desgraciada vida de su hija, rajó la garganta al imán. Después se arrodilló ante su hija y le pidió perdón por haberle causado tanto daño.

—Ten piedad de mí —le suplicó—. El alma de tu padre necesita tu perdón, pues ni siquiera Alá puede aliviar el peso de la culpa por lo que te hice.

Maika llamó a su esposo y puso a sus hijos en sus brazos.

—Te perdono porque el corazón de una hija no alberga más que amor hacia su padre —dijo Maika.

Después miró a su esposo, a su primogénita y a su segundo hijo y siguieron juntos la peregrinación.

La mujer entre los elfos

Alemania

No hace mucho tiempo en Alemania vivía una mujer que se llamaba Eduviges. Ella y su esposo, Helmuth, vivían en una pequeña casita en la ciudad de Frankenberg, cerca de Renania. Aunque ella y Helmuth no tenían hijos, Eduviges era comadrona y había ayudado a traer al mundo a muchos niños. Quizá por eso, o porque pasaba las largas tardes invernales leyendo a la luz de la lumbre, lo sabía todo sobre las deidades de la fertilidad, los elfos.

—¿Sabías que viven en los bosques? —le decía a su esposo.

—Claro que lo sé —respondía este—. Me lo has dicho muchas veces.

—¿Y que algunos viven en cuevas? —volvía a preguntar ella.

—También me lo has dicho... —suspiraba Helmuth.

—Ah, ¿y sabes también que incluso pueden vivir en fuentes? —insistía Eduviges—. ¡En fuentes, ni más ni menos!

El esposo dejaba boca abajo el libro que estaba leyendo, la miraba por encima de la montura de sus gafas y sonreía con complicidad.

—Querida, también sé que viven muchísimos años y que incluso pueden ser inmortales y tener poderes mágicos.

A Eduviges le fascinaban esas criaturas: sus orejas puntiagudas, su piel pálida, sus grandes ojos almendrados, su agilidad y su destreza, ¡y lo longevos que eran! Efectivamente, como decía su marido, podían vivir cientos de años. Acostumbraban a moverse con tanta agilidad y delicadeza, tan silenciosamente, que en ocasiones entraban en su casa y permanecían durante horas observándola sin que ella se diera cuenta. De todas sus cualidades, la que más admiraba era su sabiduría. El amor de los elfos por el conocimiento era mayor incluso que su amor por la naturaleza, y eso que vivían en los bosques, y vestían ropas verdes para camuflarse y protegerse sin molestar a otras criaturas. Eduviges se divertía mucho escuchando su continuo parloteo, no en vano cuenta la leyenda que los elfos enseñaron a hablar a los demás pueblos.

En una ocasión, Eduviges se adentró en el bosque con la intención de observarlos, pues quería aprender nuevas cosas de esos graciosos seres. Logró esconderse sin ser vista y observarlos durante ocho días, en los que solo regresaba a su casa cuando se ocultaba el sol tras las montañas. En todo ese tiempo pudo ver pequeños elfos practicando con el arco, una de sus mayores habilidades. Era sorprendente su agilidad para lanzar una flecha y moverse en décimas de segundo para tirar de nuevo. También los vio entrenar con la espada corta y la espada larga.

Le fascinaba que las mujeres elfas se entrenaran para la lucha.

—Eso no ocurre entre nosotros, los humanos —protestaba, como si hablara para ella misma, pero con la intención de que su esposo la oyera.

Entonces Helmuth sabía que ella quería contarle una vez más las legendarias victorias del ejército de elfas cabalgando sobre unicornios. Lo cierto era que Eduviges podía contar muchos hechos sorprendentes sobre los elfos.

Una noche oscura, cuando todos los vecinos estaban profundamente dormidos, Eduviges se despertó por un fuerte golpe en la ventana de su habitación. Su esposo seguía durmiendo profundamente, así que supuso que había sido un sueño. Volvió a echarse, subió el embozo de la sábana hasta la barbilla para dormir de nuevo y antes siquiera de relajar los músculos del cuerpo, escuchó nuevamente el mismo golpe. Clonk.

Esta vez se levantó de un salto, se acercó a la ventana y, sin abrirla, miró a través de los cristales, pero no pudo ver nada. Fuera reinaba una oscuridad total. Iba a echar el cortinón cuando vio un haz de luz delante de la casa. Eduviges se quedó mirándolo un par de segundos, hasta que oyó una voz.

—Vístete y ven conmigo. ¡Una mujer necesita tu servicio!

Eduviges estaba acostumbrada a estos avisos intempestivos, pues nadie puede decidir cuándo va a venir al mundo una criatura. Lo mismo podía nacer por la mañana que por la tarde, durante la noche o durante la madrugada. Así que la comadrona hizo lo mismo que hacía siempre durante los numerosos partos que asistía. Cogió su maletín con todo lo necesario y bajó a la calle con cautela.

Una vez en el exterior, siguió el haz de luz que el candil dibujaba en el camino. Pero la noche era tan cerrada y la luz tan pobre que apenas pudo reconocer a quién seguía.



El caminante, que avanzaba ágil y silencioso, en más de una ocasión se detuvo para mirar atrás y asegurarse de que Eduviges no se perdía.

—Vamos, vamos —susurraba para apremiarla.

Recorrieron varias calles y cruzaron la plaza del Mercado, donde Eduviges estuvo a punto de caer al suelo al tropezar con el adoquinado y de perder también de vista a la pequeña figura cuando esta cruzó los soportales de la plaza. Por suerte, quienquiera que fuera su cliente sabía asegurarse de que la comadrona iba tras él con rapidez. Así pasó por varias calles, dejó atrás el convento de Frankenberg y después continuó un largo recorrido alejándose cada vez más de la ciudad.

Cuando Eduviges llevaba casi una hora caminando detrás de la luz, esta dejó de moverse. Llegado el momento, se aproximó para preguntar dónde estaba la parturienta, pero en cuanto fue a preguntar se abrió en el suelo una trampilla oculta. Eduviges se asomó y vio una larga escalera que se perdía en la oscuridad. Apenas pudo detenerse a preguntar y mucho menos poner objeción alguna, pues la luz del candil siguió escaleras abajo, con su misterioso guía detrás.

Eduviges se persignó para encomendarse a Dios y contener su miedo, pues en todos los años como partera nunca se había visto en una situación semejante. En cuanto llegó al final de la escalera se encontró en una cámara

que adivinó espaciosa. Entonces se encendieron multitud de candiles que iluminaron una estancia tan amplia que no se veían las paredes.

—Bienvenida —dijo un elfo sonriéndole.

Efectivamente, Eduviges estaba rodeada de elfos que la recibieron amistosamente. Había elfas vestidas con largas túnicas verdes, magníficas trenzas que les llegaban hasta la cintura y pequeñas joyas que adornaban sus orejas puntiagudas. Otras vestían pantalones de mezclilla hasta media pierna, con largas blusas de seda y hermosos recogidos sujetos con adornos de madera. Los elfos vestían chalecos largos y pantalones ceñidos a la cintura por una cuerda. Entre todos, tan armoniosos y bellos, componían un mosaico de alegres colores.

Antes de que tuviera ni siquiera tiempo de recuperarse de su sorpresa, una joven elfa de largos cabellos castaños se acercó a ella sigilosamente.

—Bienvenida, Eduviges —la saludó cortésmente—. Soy Erian, por favor, acompáñame.

Eduviges siguió sus pasos sin dejar de mirar a todas partes. Enseguida oyó en la distancia el fatigoso jadeo de una parturienta y supo por qué estaba allí.

—Elentari, reina de las estrellas, está a punto de dar a luz —dijo Arwen—. Necesitamos tu ayuda.

La joven elfa abrió una cortina de helechos y entraron en una pequeña estancia que olía a almizcle, iluminada por numerosas velas dispuestas en el suelo, en repisas y colgando de ramas que cruzaban el techo.

Elentari estaba lista para dar a luz, pero su hijo se resistía a llegar al mundo y ella misma había pedido la ayuda de Eduviges.

—Te conoce desde antes de que ayudaras a nacer al primer niño —susurró Arwen—. Sabe que su parto será difícil y solo confía en ti.

Eduviges observó la frente perlada de sudor de Elentari, su rostro sonrosado, su mirada confiada. Le sonrió para infundirle ánimo y palpó su vientre. Debía actuar deprisa para que todo saliera bien y para que tanto la madre como el hijo estuvieran en perfectas condiciones. Pidió dulcemente a Elentari que siguiera sus indicaciones, y esta obedeció complacida. Al final, con ayuda de Eduviges, el parto fue rápido. Un pequeño elfo vino al mundo.

—Se llamará Celegorm, el hermoso —anunció su padre, Finrod.



Pasaron varios días y, puesto que la madre y el recién nacido tenían buena salud, Eduviges confiaba en regresar pronto a su casa en Frankenberg. Deseaba contarle a su esposo el increíble lugar en el que había estado, el inverosímil parto que había asistido y la singular belleza de los elfos, muy superior a la que mostraban todos los libros de elfos que había leído.

Sin embargo, los elfos querían que Eduviges se quedara con ellos. Pensaron que, de no ser por ella, el pequeño Celegorm podía haber muerto y que posiblemente Elentari, reina de las estrellas, no hubiera superado el parto.

—Círdan, ¿y si no la hubieras encontrado en su casa? —preguntó Nimrodel, señora de la cueva blanca.

Círdan, carpintero de barcos, era el elfo que había ido a buscar a Eduviges en plena noche. Lo cierto era que no había pensado en esa posibilidad, y ahora que reflexionaba sobre ello se daba cuenta de que realmente era arriesgado que la comadrona no estuviera siempre entre ellos.

—No podemos obligarla a quedarse —respondió Círdan.

—Nadie ha sugerido eso —intervino Fingolfin, el sabio—, pero podemos hacer que su estancia entre nosotros sea tan agradable que no sienta deseos de irse.

La propuesta del elfo fue recibida con murmullos de aprobación, y el resto de los allí presentes pronto comenzaron a sugerir ideas para lograr el mayor

bienestar de Eduviges.

—Yo la llevaré al lago de los nenúfares —propuso Maedhors, el alto.

—Yo le regalaré una capa de fina seda para ella —dijo Rudlis—. Necesitaré unos días para poder tejerla, así que seguro que se quedará con nosotros hasta entonces.

—Yo iré con ella a recolectar arándanos y grosellas —añadió Celebrindal, la de los pies de plata.

—Yo le propondré ir a cabalgar juntas —dijo Wyéon.

Así fue como Eduviges fue dejando pasar los días sin apenas darse cuenta. Los elfos la trataban mejor día a día, dándole todo lo que podía desear, ofreciéndole su compañía y compartiendo con ella la belleza de su mundo.

Durante este tiempo, se dio cuenta de que varios elfos se ausentaban durante uno o dos días y cuando regresaban traían todo tipo de cosas bonitas: vasijas bellamente decoradas, preciosas telas bordadas, valiosos metales... Eduviges también observó que antes de partir se frotaban los ojos con un líquido que guardaban en un ánfora de vidrio.

Sabía que los elfos estaban dotados de una extraordinaria visión, que incluso les permitía moverse de noche o en bosques donde no entraban los rayos del sol. Pensó que sería magnífico poseer alguna cualidad élfica, y qué mejor que la capacidad de ver sin luz. Así, una mañana en que todos los elfos estaban reunidos en asamblea, la mujer buscó la misteriosa vasija. No fue difícil encontrarla, pues la guardaban en una repisa al alcance de todos. Eduviges cogió el ánfora y vertió unas gotas del contenido sobre la yema de su dedo índice, después se frotó con él su ojo derecho, tal como había visto hacer a los elfos. Más tarde, entró en una estancia que estaba totalmente a oscuras, con la ilusión de que igualmente podría ver.

—Qué extraño —susurró—, sigo sin poder ver nada.

La comadrona se desilusionó tanto que pensó que ya había llegado el momento de regresar a Frankenberg.

—Mi esposo estará preocupado por mí —les dijo a los elfos— y deseo estar de nuevo en mi hogar.

—Sabíamos que llegaría el momento de irte —replicó Maedhors, el alto—, por eso nos hemos reunido en asamblea.

—Vete cuando quieras —añadió Celebrindal, la de los pies de plata.

Eduviges les agradeció su generosa hospitalidad y el extraño obsequio que le ofrecieron: un pequeño saquito de lana con piedras en su interior. Ella lo

tomó y emprendió el regreso. Deshizo el camino que hacía días había recorrido por primera vez, igualmente siguió la luz del candil que portaba el guía, que desapareció en cuanto vio su casa a lo lejos.

Su esposo la recibió con lágrimas en los ojos, pues ya casi la daba por perdida. Eduviges lo tranquilizó mientras lo abrazaba y después le contó durante horas todo lo que había visto.

—¿Y este saquito que traes? —preguntó Helmuth.

Eduviges le explicó que era un recuerdo de los elfos, unas piedras del bosque sin más valor que el cariño que habían puesto en ellas al recogerlas para regalárselas. Mientras le decía esto, sacó las piedras, que, en cuanto vieron la luz del sol, se convirtieron en rubíes, diamantes y todo tipo de piedras preciosas.

Apenas podían creer lo que tenían entre las manos. De repente, se habían vuelto ricos y eso les reconfortó tanto y les alegró de tal manera que lo celebraron durante días.

Pasó el tiempo y en Frankenberg iba a celebrarse la fiesta de otoño. En ella se vendían castañas, miel, cestas tejidas con mimbre, mermeladas y otros deliciosos dulces. Los vecinos de Frankenberg acudían vestidos con sus mejores ropas, engalanados con joyas y dispuestos a comprar todo tipo de cosas para preparar la llegada del invierno.

En esta ocasión Eduviges se puso su mejor vestido, llenó la faltriquera de monedas para gastar y acudió al mercado de otoño. Caminaba entre los puestos del mercado, feliz porque por primera vez podía comprar todo cuanto se le antojara. Sin embargo, disfrutaba más observando que comprando cosas que no necesitaba, así que prefirió dedicarse a mirar. Quizá por eso vio algo en lo que nadie a su alrededor había reparado. Todo el mundo estaba atento a los vendedores y sus mercancías, así que no veían a unos elfos dispersos entre la multitud.

Invisibles a los ojos de la gente, los elfos se apropiaban de lo que les gustaba en cada puesto del mercado. Eduviges pudo reconocer a Arwen, la doncella noble; a Elentari y a Rudlis, la elfa que le había regalado una capa de finísima seda. Los veía con su ojo derecho, el que había frotado con el líquido élfico.

Le sorprendió tanto verlos que los llamó gritando sus nombres. Los elfos acudieron corriendo a su lado, alertados por sus gritos.

—No deberías vernos —dijo Elentari, visiblemente molesta—. Ningún

humano puede vernos cuando venimos a vuestro mundo.

—Nos pones en peligro —añadió Arwen.

Eduviges les explicó que solo los veía con su ojo derecho, el que había ungido con el líquido del ánfora.

Las elfas se miraron. Debían soplar sobre él para dejarlo ciego. Pero sabían que entonces Eduviges tendría dificultades para traer niños al mundo. La comadrona había sido valiente y honesta. No merecía ese castigo.

—Regresa a casa y no digas a nadie que puedes vernos —dijo Elentari.

—Somos más que elfas y humanas —añadió Arwen—, somos mujeres. No nos perjudicarías porque si lo hicieras, te perjudicarías a ti misma.

Eduviges volvió junto a su esposo, que esperaba su regreso.

—¿Qué tal el mercado de otoño? —preguntó al verla—. ¿Alguna novedad?

Ella tomó aire y suspiró.

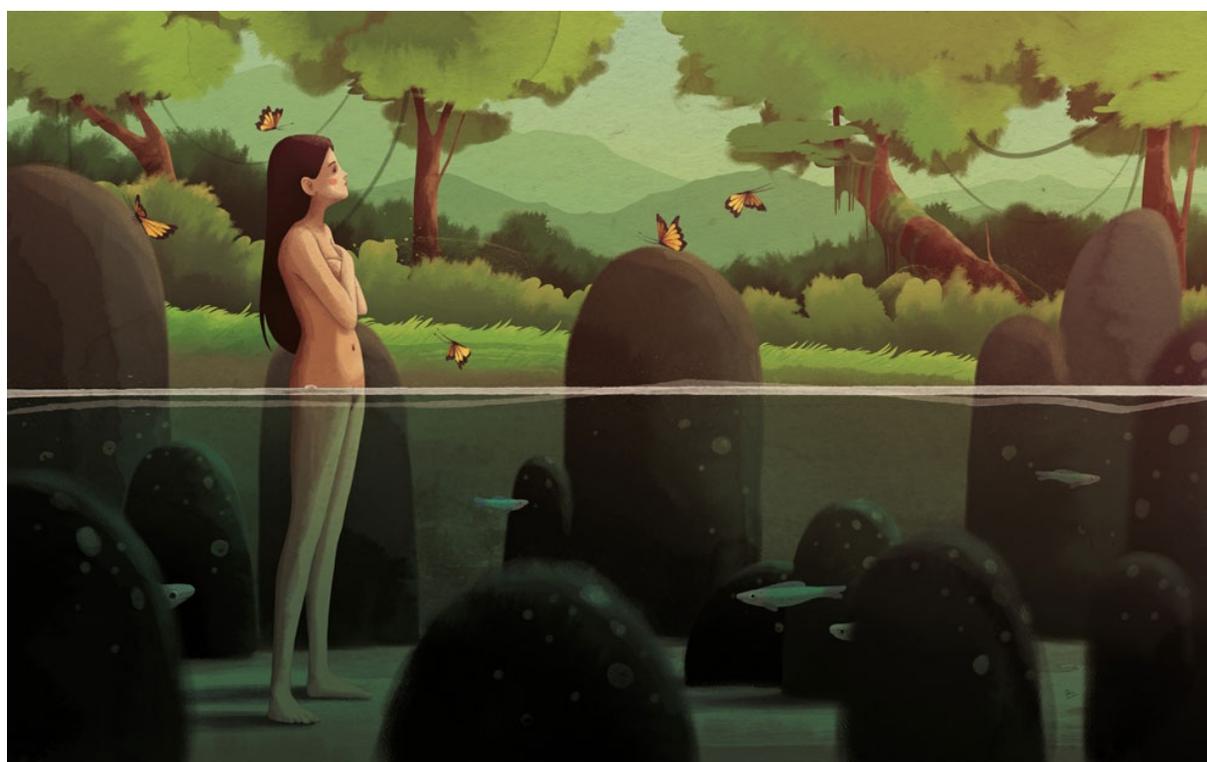
—Como todos los años —respondió—, nada nuevo.

La esposa del mono

India

La pequeña aldea de Vashist rebotaba vida, era un constante trasiego de gente. Los aldeanos llegaban del bosque cargados con leña, las mujeres iban a lavar ropa al río y regresaban empapadas con fardos de tela de vivos colores. También había quien realizaba rituales en los ghats, las escalinatas que conducían hasta las aguas del río Beas. El hermoso templo de Vashishta, rodeado por pequeñas casas de madera y pizarra, infundía paz a su alrededor, como un pequeño oasis en medio del bullicio.

Era un día muy caluroso en el que Surya, el dios del Sol, calentaba el aire y abrasaba la tierra. La joven Shaila había caminado hasta las termas para sumergirse en sus medicinales aguas templadas y sofocar el calor.



Encontró un sitio junto a unas piedras y se apoyó en ellas para descansar. A su alrededor las niñas jugaban salpicándose y las mujeres hablaban, pero Shaila solo se dedicaba a observar. De pronto, ocurrió algo imprevisto que sorprendió a todos. Un mono descendió de las ramas de un banano y se acercó rápidamente a la joven. En menos que tarda en aletear un parakeet de alas azules, el mono agarró su sari de seda, la despojó de él y trepó de regreso a la rama más alta del banano.

Shaila se quedó en el agua, vestida tan solo con el choli, la camiseta corta que llevaba debajo del sari, y con el parkar, la falda que cubría sus piernas

bajo el vestido. Sin el sari no podría salir de la terma.

Shaila procuró no perder la calma y buscó con sus ojos al mono ladrón. Cuando al fin pudo distinguirlo entre las hojas del banano se dio cuenta de que se encontraba en un apuro. El mono no era un animal cualquiera, era el mismísimo Hanuman, el dios mono. Su poder y su fuerza eran casi ilimitados, pero Shaila no tuvo miedo de él. Las leyendas y las historias que le contaban sus padres desde que era niña le hablaban de las bondades de Hanuman. Era considerado un erudito, pues dominaba las seis escuelas de gramática, había leído los cuatro vedas, los textos más antiguos de la literatura india, así como los tratados y las enseñanzas de los seis shastras. Así pues, el dios mono era humilde y virtuoso, cualidades por las cuales no infundía miedo sino admiración.

En unos minutos comenzaron a arremolinarse varios niños alrededor de la joven.

—Gran Hanuman, devuelve a Shaila su sari para que pueda regresar a casa —le rogaron.

Pero Hanuman no respondió, siguió observándolos imperturbable desde las ramas del banano.

Tanto insistieron los niños que al fin el dios mono dijo:

—No se lo devolveré, a menos que su dueña acepte casarse conmigo.

Aquello despertó la ira de los muchachos. Aunque Hanuman fuera una divinidad, ¡Shaila no podía desposarse con un mono!

Entonces comenzaron a tirarle palos y piedras, pero Hanuman trepó a las ramas más altas del banano. Shaila seguía en la terma, y como los jóvenes no encontraron forma de recuperar su sari, decidieron pedir ayuda a su familia.

—¡Shaila no puede salir del agua! —gritaron unos en cuanto se aproximaron a la aldea.

—¡Hanuman le ha robado su sari! —gritaron otros.

—¡Quiere casarse con ella! —gritó alarmada una mujer que se llamaba Naisha.

Los padres de Shaila llamaron a sus vecinos, pues sabían que no podían enfrentarse solos al dios mono. Un grupo de varios hombres y mujeres reunieron arcos y flechas y se dirigieron al río. Allí, subido a la misma rama en la que estaba cuando los jóvenes se fueron a pedir ayuda, Hanuman observaba las aguas del Beas.

—¡Devuelve el sari! —gritó Chintak, un pescador amigo de la familia.

—¡No te pertenece! —exclamó Lakshmi, la maestra de la escuela.

—¡Sí! ¡Devuélvelo! ¿Para qué lo necesitas? —dijo enfurecido el joven

pastor Sajag—. No eres más que un mono.

Aquello molestó tanto a Hanuman que, si en algún momento había pensado en devolverle el sari a Shaila, lo descartó inmediatamente.

—Solo le devolveré el vestido si la joven acepta casarse conmigo — repitió bien alto, para que todos los aldeanos de Vashist pudieran oírlo.

Las voces llamaron la atención de quienes estaban lejos de las termas, que acudieron hasta allí, de manera que alrededor del banano se congregó mucha más gente. Todos mostraron su malestar, algunos repitieron las mismas palabras que antes para doblegar la voluntad de Hanuman, pero este se mostró inflexible.

—¿¡Crees que puedes salirte con la tuya!?! —gritó Chintak, el pescador.

Sajag tensó su arco y lanzó una flecha contra el mono. En apenas unos segundos los hombres que estaban allí le dispararon todas sus flechas, pero ninguna de ellas logró ni siquiera rozar la piel de Hanuman.

—La joven está destinada a pertenecer al mono —anunció el anciano Sarvagya—, debemos dejarlo en paz.

Yamir y Sarayu, los padres de Shaila, rompieron a llorar desconsolados. En un último intento suplicaron de nuevo al ladrón.

—Devuélvele a Shaila su sari de seda, dios mono.

Pero también esta vez fue en vano, pues Hanuman respondió sin inmutarse, como si fuera la primera vez que lo decía:

—Si ella acepta casarse conmigo, se lo daré.

—Pero, Hanuman... —balbucieron.

—Si ella consiente ser mi esposa, lo pondré en su mano.

El padre y la madre de Shaila hincaron sus rodillas en el suelo y se dejaron llevar por un llanto desconsolado. Las gentes del pueblo elevaron sus plegarias al mismo Surya, pero este no las oyó, y Hanuman seguía imperturbable. Todo fue en vano. Ni las amenazas ni las súplicas consiguieron ablandar la férrea voluntad del dios mono.

En última instancia, la mismísima Shaila le dijo al dios mono desde la terma:

—Tú no harás nada con mi sari, gran Hanuman. Es pequeño y frágil para ti. Sin embargo, es el único vestido que tengo. Te lo ruego, devuélvemelo.

Parecía que el mono estaba esperando escuchar aquellas palabras, porque en cuanto las oyó brotar de los labios de Shaila comenzó a balancearse sobre la rama. Unos instantes después de que la joven guardara silencio, el mono se descolgó hasta ella y le acercó un extremo de la tela. Ella lo agarró de inmediato y sintió cómo Hanuman tiraba del sari. Sin apenas darse cuenta, la

arrastró hasta la copa del banano.

Cuando el mono estuvo seguro de que la joven no podía escapar, pues en caso de intentarlo caería mortalmente al suelo, la soltó y le devolvió el sari. Después la subió sobre su espalda y, saltando de rama en rama, huyó con ella sin que nadie pudiera seguirlos.

Shaila era inteligente y rápida, sabía que si quería seguir viva no debía tratar de escapar de su captor ni forcejear con él, pues Hanuman era inmensamente fuerte. Aceptó su sino sin rebelarse y se mostró dispuesta a ir con él. Mientras se alejaba a lomos del mono gritaba:

—¡No sufras, padre! ¡No llores, madre!

Durante varias horas Hanuman no sintió fatiga, y hubiera seguido brincando entre los árboles hasta que Surya retirara la luz del día y apareciera la noche. Pero sabía que Shaila necesitaba descansar, así que cuando llegaron a un bosque en el que se erguía un inmenso roble, se sentaron.

Hanuman la llevó a una cueva en el valle de Kulu. Allí vivieron durante mucho tiempo, alimentándose de las frutas que encontraban. El mono trepaba a los mangos, a los manzanos o a cualquier otro árbol frutal y los sacudía para que sus frutos maduros cayeran a la tierra. Si bien es cierto que los dos comían lo mismo, también lo es que la joven no soportaba compartir la comida con el mono.

A veces, cuando la marca de los dientes delataba que Hanuman había mordido una fruta, Shaila rehusaba comerla.

—No tiene tierra —decía el mono—, ni una brizna de paja siquiera. Cómela.

Pero Shaila se negaba rotundamente con la excusa de que no tenía apetito, aunque sus tripas rugieran hambrientas rompiendo el silencio del valle.

Un día la joven se cansó de comer solamente fruta.



—Soy una simple mortal, no puedo alimentarme de manzanas, plátanos, mangos y papayas.

—¿Qué es lo que quieres, entonces? —preguntó Hanuman dispuesto a complacerla.

—Al menos un cuenco de arroz.

Así que Hanuman y ella se dirigieron a la aldea Mateula, en la que ese día había mercado.

—Mientras voy al bazar quédate aquí, a la sombra de este roble —dijo el mono a Shaila.

Hanuman la dejó a las afueras de Mateula mientras él se dirigió al mercado colmado de colores, olores y rebosante de vendedores y compradores. Para el mono fue fácil robar una olla al alfarero, tanto como hacerse con arroz, sal y cúrcuma. Antes de abandonar el bazar, burló la vigilante mirada de un vendedor y se llevó a la boca una bola de laddu, su dulce favorito. También robó otra para Shaila.

—Ten —le dijo en cuanto se reunió con ella bajo el roble.

Shaila devoró el laddu hambrienta, después recogió ramitas y palos alrededor del árbol, encendió fuego y cocinó el arroz. A Hanuman le gustó tanto la comida que le pidió que cocinara para él todos los días.

Cada mañana, Hanuman iba al mercado de Mateula y siempre regresaba con arroz y un dulce para Shaila. Así que se quedaron allí varios días. Luego, la joven necesitó un nuevo sari, pues el que tenía estaba hecho harapos. El

mono intentó robar un vestido, pero no fue posible porque los tenderos habían aumentado su vigilancia.

—¡Fuera de aquí, mono! —gritaron—. ¡¿Para qué quieres tú un sari?!

Andrajosa, cansada de dormir debajo de un árbol y hastiada de comer fruta y arroz, Shaila se hartó de estar en los alrededores de la aldea.

—Regresaremos a la cueva —dijo el mono—. Pero necesitas un nuevo sari.

Hanuman recogió mangos y otras frutas y se las ofreció a la joven.

—Véndelos en el mercado, con lo que obtengas podrás comprar uno.

Shaila se dirigió a Mateula y llegó hasta el mercado. Se adentró en las callejuelas entre los puestos y vio, después de mucho tiempo, cuánto necesitaba estar rodeada de los suyos.

Le resultó fácil vender la fruta que llevaba y eligió un sari de seda verde con ribetes dorados. Cuando llegó la hora de regresar a la cueva sintió que no quería volver.

—Esta vez yo elijo mi destino —se dijo— y elijo liberarme de Hanuman.

Esa noche Shaila durmió cerca del templo y a la mañana siguiente buscó trabajo en el mercado.

—Trabajarás para mí —le dijo un comerciante adinerado.

Hanuman la esperó en vano y regresó tristemente a su colina.

—Una vez me la llevé para que fuera feliz conmigo —se lamentó—. Si lo vuelvo a hacer jamás me perdonará.

Shaila comenzó una nueva vida y nunca regresó con el mono.

—Mi destino es el que yo elijo en cada instante —murmuró la joven sonriendo para sus adentros.